

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 249 1.º DE DICIEMBRE DE 1878. AÑO V.

SIEMPRE.

ESTUDIO PSICOLÓGICO.

El buen sentido de nuestro pueblo, que ha formulado en adagios innumerables todas las contradicciones de la filosofía, sabe también encerrar en breves palabras las mil y una sentencias que condenan á la humanidad, que contienen sus aspiraciones y la recuerdan sus debilidades, como las rocas de la costa recuerdan al mar embravecido sus límites invariables. Acepta estos fallos nuestro espíritu, por la propia y por la ajena experiencia, como axiomas tanto más ciertos cuanto que son más amargos, y así los hombres, resignados y doloridos, unas veces con indiferencia, otras con abatimiento, repetimos todos esas frases desconsoladoras y las oímos sin inmutarnos, lo mismo que el presidiario percibe sin levantar la cabeza el ruido que con los grilletes producen al caminar sus compañeros.

Yo también me he acostumbrado.

Todos los días oigo exclamar en torno mio: á muertos y á idos...

No protesto cuando alguno afirma que ha llegado á la *edad de los desengaños*, y suelo aprobar á los que proclaman la guerra y la destrucción como necesidades del hombre ó como calamidades inseparables de nuestra especie, que pesarán sobre este planeta mientras lo habite la humanidad.

Hay, empero, una idea no menos exacta contra la cual protestan á mi pesar todas las fibras, todas las fuerzas de mi naturaleza; hay una sentencia cuya verdad, solo por impotencia puedo admitir. Es el juicio que de los hombres y de las cosas publica esta sencilla locución popular:

Todo llega, todo pasa, todo se olvida.

Así, pues, los goces inefables, las penas que desgarran el alma como las tempestades y los torrentes abren el seno de la tierra; los sucesos más prósperos, las abrumadoras desgracias, todo pasa, todo es transitorio, todo se desliza y des-

aparece, no solo de la sociedad, que con esta sentencia se resignaria á la postre nuestro egoísmo, sino también de nosotros mismos; todo pasa y todo se olvida.

¿Cabe una síntesis más amarga, más cruel, ni más depresiva?

El período fugaz de nuestra existencia, que apenas permite averiguar de dónde venimos y á dónde vamos; es, sin embargo, demasiado largo para que conservemos en toda su integridad uno sólo de nuestros sentimientos. La peregrinación del hombre por la tierra, no basta, según el conocido aforismo de Hipócrates, para dominar un arte ó una ciencia; mas para cambiar y para olvidar, aun tenemos vida sobrada.

Todos los hombres pueden recordar sin esfuerzo los albores de su juventud, los días en que el corazón tímido y recogido observó en silencio sus propios misterios y pretendió adivinar los encubiertos fenómenos de la existencia moral. Desde aquella época inolvidable en que quieren las almas determinar apreciaciones definitivas, como el cuerpo va revistiendo sus definitivas formas, desde entonces me preocupa la humillante resignación con que el hombre reconoce la veleidat y la mutabilidad de sus sentimientos.

Concibo perfectamente la necesidad de la muerte; me resigno á sufrir las penalidades físicas y morales, que forman la trama de nuestra vida, y no repugna demasiado á mi entendimiento, que junto al *quid divinum* de nuestro sér, haya instintos, necesidades ó pasiones, por cuyo poder se iguale el hombre á los brutos. Pero como compensación de esa pequeñez, como reflejo de ese aliento celeste que permite á la inteligencia humana tantas y tantas victorias, quisiera también el espíritu hallar en el mundo moral una sola alegría, ver á lo ménos un dolor que, sin modificarse ni atenuarse, viva tanto como el que lo siente. Concédame Dios un goce ó una pena que resista incólume la lima del tiempo, y entonces creeré al hombre cien veces más grande que cuando domina el Océano con la brújula y la tierra con la locomotora.

Amigos tengo que rechazan esta afirmación como la más absurda blasfemia, prodigándome al oírlos todos los insultos que la vanidad ofendida puede sugerir á un corazón afectuoso.

Para estos afortunadísimos seres, el mundo no presenta enigmas ni contradicciones. Es el hombre, á su entender, armónico y lógico en todos sus actos, y los cambios de su alma representan una debilidad, acaso una necesidad de nuestra especie para la cual venimos tan preparados por la mano del Hacedor, que fuera peligroso y absurdo clavar en pechos humanos un sentimiento perpétuo y constante.

Sin protestas ni contestaciones suelo yo escuchar estos amistosos discursos: el exceso de mi convicción me deja sin fuerzas para la réplica; y luego... lo confesaré francamente, aunque rompa para siempre con la modestia, siento á la vez lástima y envidia hacia los que de tal suerte me argumentan. Tienen, en efecto, estos amigos míos y la generalidad de los hombres, la rara fortuna de hacer, para todo lo imperfecto, elegante abstracción de sus propias personas; y cuando se habla de desengaños, cuando se aquilata la consecuencia, cuando se juzga á la humanidad, resultan ellos seres que padecen y conservan incólumes, allá en el fondo del alma, todo el impulso, toda la intensidad de sus primeros sentimientos.

Saben, en suma, teñirse las canas del corazón y engañarse puerilmente á sí propios.

Si así no fuera, si alguna vez se asomáran con atención á su propio pecho, ¿no hallarian en el suyo, como en el mío, junto á la veleidad miserable de sus afectos, una aspiración indomable y eterna á lo permanente, á lo perpétuo, á lo definitivo?

¿Qué es si nó la ambición de la gloria? ¿Qué significa el culto de las tradiciones?

El amor de los padres, que al través de leves modificaciones dura en el hombre cuanto su propia existencia, ¿no es por lo mismo el más elevado, el más puro, el más celestial de los amores humanos?

La preferencia singularísima que han tributado á la amistad los pueblos cultos, ¿no nace cabalmente de que este nobilísimo afecto puede resistir mejor que otras pasiones á la deletérea acción de los años?

Fuera enojoso, además de inútil, ordenar otras demostraciones ó ahondar el estudio de

esa lucha empeñada en el fondo de nuestro pecho entre la humana flaqueza que todo lo debilita, todo lo cambia y modifica al influjo siniestro de los tiempos, y cierta insaciable sed de perpetuidad, de serena é invariable firmeza que con formas y caracteres diversos invade á todos los hombres dotados de mediana sensibilidad y clara inteligencia, lo mismo cuando los eleva y perfecciona la ilustración, que cuando discurren y sueñan sin otra guía que los impulsos de su naturaleza.

El raciocinio y la experiencia exigirían de consuno que suprimiéramos de todas las lenguas algunas palabras, ó que enmendáramos siquiera el Diccionario escribiendo en la letra de siempre, advierto inverosímil: pueden usarlo los teólogos y los poetas: siempre en lo humano...

Lejos de hacerlo así, abusamos involuntariamente de semejante palabra, y por efecto de aquella lucha interior, quisiéramos abolir cuantas leyes ó instituciones dificultan por su antigüedad el humano progreso, conservando al contrario al través de los siglos nuestro nombre, nuestra historia, y llevando, sobre todo, más allá de la tumba los sentimientos con que otros seres nos lisongean.

— Cuando el instinto sexual y la afición á lo bello hablan por primera vez en el adolescente, cuando ignoramos aun lo que es amor y apenas comprendemos la naturaleza, ya nuestros labios prestan y exigen con toda sinceridad un juramento de amor eterno.

No hay hombre ni se hallará fácilmente mujer, que no haya jurado así, con verdadera lealtad, cuatro ó seis veces. Y, sin embargo, ¿cuán pocos han podido conservar un amor al través de los años, esconderlo como una riqueza que el tiempo modifica sin destruirla, y entrar con el suave calor de aquel cariño en las heladas regiones de la vejez!

Aprovechan muchos una voluntad persistente para aumentar su fortuna ó extender su renombre; pero los mismos que suelen mostrar en la batalla social tanto valor y tanta perseverancia, se entregan cobardemente al destino para todo lo que afecte á su vida íntima. Los seres afortunados que dominan con su altura el nivel de sus semejantes, son quizá los que más subordinan los movimientos de su corazón al fin que perseguían por el mundo, y para vivir con

la inteligencia, para elevarse con la riqueza, entregaron la misteriosa vida del alma al capricho inconstante de la suerte ó á la arbitraria disposición de las circunstancias.

Paseaba yo, no hace mucho, con un hombre público á quien estimo y respeto, aun más que por sus talentos, por la asiduidad de su trabajo y por la consecuencia con que defiende, en los os agitados tiempos, ideales políticos muy semejantes á los que proclamaba en su juventud. Iluminóse de pronto la cara de mi respetable amigo; separóse de mí cuando penetrábamos en una de las calles formadas por los árboles del Retiro, y examinando con atención á dos señoras que con nosotros se cruzaban entonces, se dirigió resueltamente á saludarlas.

—¿Usted por Madrid, Valentina?—dijo cogiendo á una de ellas las manos.

—Alguna vez nos habíamos de hallar,—respondió con expresiva sonrisa una mujer en quien habían respetado los años cierta gracia puramente española y no sé qué atractivo melancólico y dulce.

Con ella cambió mi amigo en dos minutos todas las preguntas que la efusión y la confianza inspiran en casos análogos. Ambos se enteraron con mucho interés de su salud pasada y presente, de sus proyectos, de sus hijos, de sus cónyuges ausentes, porque es de advertir que ambos eran casados. Aquel breve diálogo fué una lluvia de atenciones y, si se permite la expresión, una avalancha de caricias verbales.

Ella parecía deferente, lisongeada y satisfecha; pero en la mirada de sus ojos grandes, un tanto apagados, creí percibir lejos y sombras de recelo.

Mi amigo, el ilustre estadista, estaba más afectuoso más atento y expresivo que jamás le había visto hasta entonces. Como si renunciara á la felicidad, estrechó, por fin, ambas manos de su interlocutora, y con promesa de visitarla *uno de estos días*, saludó nuevamente y volvió á caminar conmigo.

—Graciosa habrá sido,—dije yo, para empezar la conversación así que quedamos solos.

—Encantadora,—contestó mi amigo,—pero más que bonita, inteligente y agradable en el trato.

—¿Son ustedes amigos de la infancia?—pregunté con dudosa discreción.

—Fuimos más que amigos, fuimos... novios.

—Novios de coqueteo,—repliqué yo entonces;—novios de capricho, como quien dice de broma. ¿Serían ustedes novios por bailar y por pasear juntos, por ostentarse mutuamente á los ojos de todos los conocidos...?

—No, señor,—respondió mi amigo;—fuimos novios muy formalmente. Aun ahora creo que ella me quiso muy de veras y yo estuve verdaderamente enamorado de ella: acaso jamás he querido tanto.

—Y sin embargo, tuvieron ustedes que separarse.

—Sí,—dijo vacilando mi amigo;—los estudios, las circunstancias, nos apartaron. Mi padre quiso que yo me estableciera en Madrid; ella se quedó en Zaragoza. Al cabo de algún tiempo me casé yo, luego se casó ella. Pero aun ahora la encuentro y la saludo con mucho gusto.

Y dichas estas palabras, mi amigo continuó la conversación que antes de aquel encuentro sosteníamos.

No necesité saber más. Mi respetable compañero era en aquella ocasión el veleidoso y el falso. Quizá había tenido antes para el amor la elevación y la profundidad que en otras esferas ha demostrado. Contaba, sin duda, allá en Zaragoza, las horas y los minutos en que la mano de aquella mujer no transmitía un dulce calor á las suyas. Sin el brillo incomparable de aquellos melancólicos ojos, ni el sol tenía para él luz y calor, ni el arte encerraba bellezas, ni la naturaleza esplendores. Un día sin verla, era para él sacrificio más cruel que la muerte.

Ahora pasa doce años sin saludarla y considera como singular demostración de su consecuencia, el placer con que la encuentra en paseo ó acepta una conversación preparada por la casualidad.

Otras veces son ellas las que primero se someten al capricho de la suerte: pero todos se resignan por fin á desvanecer y cambiar lo que antes consideraban inmutable y perpétuo. Cuando el cariño invariable no se convierte en odio cruel ó en eterno remordimiento, queda en muchas almas como un vago reflejo de un fuego casi extinguido, como el confuso recuerdo que dejan en la imaginación las variadas combinaciones de los cuadros disolventes.

Javier de Maistre lo deplora en amargas frases, y empleando una comparación ingeniosísima, dice que los hombres, como esos mosquitos

que forman enjambres ó columnas en las hermosas tardes del otoño, se encuentran por casualidad y para poco tiempo, debiendo considerarse muy felices si tienen, como los mosquitos, la destreza necesaria para no chocar unos con otros.

No logro yo, por más que lo procuro, aceptar con resignación y dar á los demás dentro de mi pecho esa existencia de linterna mágica, en la cual cambian y desaparecen, al cabo de algunos años, ideas y sentimientos, seres y fisonomías.

En vano reparo para modificarme con cuánta facilidad imitan casi todos los hombres la conducta de mi amigo y correligionario; percibo, sí, la docilidad egoísta con que obedecemos á la baja y mudable inclinación de nuestra naturaleza; pero noto á la vez en todas las miradas, veo en el trabajo de los pinceles más ricos, oigo claramente en las brisas y las auras, descubro en todas las creaciones del arte una aspiración íntima y constante á la perpetuidad.

Todos los labios amantes, todas las almas que sienten, pronuncian en primer término la misma palabra: ¡siempre!

En ella se resumen las pocas instituciones que los pueblos, tras de costosa experiencia, logran adoptar para siglos enteros y las preciadas conquistas que algunos hombres de génio aportan de tarde en tarde al acervo de la humanidad.

Esa palabra *siempre*, que no cabe por su grandeza en la pequeñez de nuestros corazones, es talismán y cadena del matrimonio, y en este sólo concepto piedra angular de la familia y primer fundamento de toda civilización.

Es además el dulce misterio, el más poderoso encanto de nuestra religión y de varias otras; porque el alma, débil para elevar constantemente los ojos á las alturas inaccesibles de la eternidad, solicita aquí mismo algún reflejo de esta y se deleita con aquellos usos, con aquellas prácticas religiosas que de algún modo señalan en este mundo variable la inmutabilidad de sus creencias y la eslabonada serie de las generaciones humanas.

El árabe y el berberisco, que en la soledad de sus tortuosas calles quizá lloran á la vez sus desdichas y las de su patria, reciben todavía un consuelo inefable cuando desde lo alto del minarete canta el almuédano la oración de la tarde con las propias palabras que el creyente aprendió desde niño, con el tono mismo, en el punto y en la hora en que la oyeron sus padres hace

siglos, y en que las escucharán seguramente sus hijos.

Más inteligente y más previsora el catolicismo, tampoco podía olvidar el prestigio soberano que sobre nuestras almas ejerce la perpetuidad. Todo en la religión católica es permanente, secular, invariable. Y ¿podrá negarse que la inmutabilidad simbólica de sus prácticas ha conservado al catolicismo algunos ánimos vacilantes que la duda empujaba á la deserción?

El espíritu filosófico que rechaza por inútiles las comunidades contemplativas; el alma roida por la duda que vea en cada monja una Religiosa de Diderot, ¿dejará de percibir, dejará de admirar, sin embargo, la poética grandeza que resalta en la igualdad inalterable de los actos conventuales? ¿Dejará de sentir, cuando menos, la sublime, aunque monótona, sucesión de hechos idénticos, que al través de los siglos revelan á los hombres el monasterio?

Allá, en la cumbre de una colina que por un lado domina la Sagra, y por otro descubre las aguas del Tajo, conozco un convento de monjas, contemporáneo de Alfonso el Emperador. El eco argentino con que sus campanas anuncian la oración de la tarde, quizá suspendió en otro tiempo la carrera de aquellos caballeros castellanos que secundaron á Pedro I en la obra de crueldad y de venganza con que una y otra vez ensangrentó á Toledo y á su tierra. Desde entonces, en la interminable variedad de las épocas, todas las generaciones han escuchado, todas han sentido alguna vez resonar en sus pechos el timbre metálico con que habla el convento desde la altura de la colina.

Oyéronlo de lejos los mancebos soñadores, que al caer de la tarde, cabalgaban en dirección á Toledo, cuanto el camino de la ciudad imperial era el más frecuentado por magnates y cortesanos, y el más animado palenque de sus aventuras y de sus intrigas: lo escuchó sobresaltada la pobre labradora, que al toque de oraciones apresuraba el paso para regresar á su aldea, cuando las turbulencias de estos reinos hacían temer igualmente ataques de salteadores y desmanes de peones ó caballeros.

Hoy, todavía, en la primavera y en el estío, las campanas del convento, invariablemente, agitadas cuando la aurora derrama su nítida luz sobre las orillas del Tajo, sirven de señal en la villa cercana, para que la enamorada doncella

abra otra vez su corazón á la esperanza, y espere entre las macetas de su ventana el rumor de unos pasos bien conocidos.

Llegan despues las eternas noches de Diciembre, la vida se apaga y se detiene por largas horas, así en la población como en las aldeas y caseríos inmediatos: duerme confiada y egoísta la juventud; vela, por el contrario, el enfermo; vela también el hombre prematuramente achacoso, que tras de largos viajes volvió á su patria para disfrutar antes de la muerte un desahogo comprado quizá con la mitad de la vida: el cierzo agita entonces los cristales, y no se perciben otros rumores que la aspiración fatídica de las lechuzas, ó el ladrido de algun perro vigilante: callan y reposan los demás seres, y ninguno comparte los sufrimientos del que, angustiado por la oscuridad de la noche, y agobiado también por las tinieblas de la duda, cuenta los minutos desde su lecho. La voz de la campana lanzada á los aires desde lo alto del monasterio señala, no obstante, la hora de maitines, sin que basten á ensordecirla los rigores de la estación, ni el silencio de la naturaleza. Otro ser vela, pues, voluntariamente al pie de una torre fría: otro sonido anima la frialdad sepulcral de la noche; y aquella voz de cristianismo que designa el momento de una oración y habla indirectamente de una vida inmutable, llega á nosotros en las noches de insomnio como antes llegara al oído de nuestras madres, como la oyeron anteriormente nuestros abuelos de varias generaciones. Una y otra monja al través del espacio y del tiempo han producido aquellos mismos ecos, siempre en la propia hora, cubierto el delicado brazo por un sayal igualmente tosco, tal vez agitado en secreto el seno virginal por los mismos deseos y turbada la mente por idénticas confusiones.

Nada conozco más inteligente, más consolador ni más elevado que la perpetuidad de semejantes prácticas.

Harto comprendo que nuestros usos, nuestras instituciones y nuestra sociedad pueden caer para siempre como desaparecieron las grandezas de Tiro y se arruinaron los jardines de Babilonia; pero alcance yo á lo menos una estabilidad relativa, multipliquemos siquiera en la vida el *siempre* limitado y humano, ya que la eternidad verdadera ni cabe en la tierra ni puede entrar á cada paso en mi espíritu. Dadme en

vuestro pecho y en el mio sentimientos inmutables: hallemos en la agitada existencia creaciones seculares y permanentes como faros con que suplir el resplandor brillante de las estrellas. Progresems, por fin, sin vacilar, pero conservando la paz que respeta la tradición y eslabona las generaciones; porque si grande, seductor y nobilísimo es el progreso del hombre, grandiosa y titánica es sin duda aquella sombra de Cheops, que despreciando al tiempo se cierne hace más de cuarenta siglos por encima de la gran Pirámide, y mira con desden al Simoun invasor que agita en torno de su pedestal la arena calcinada del desierto.

Inventos, ejércitos, naciones, cataclismos y razas pasan á la sombra de las Pirámides en gigantesco é interminable desfile: el alma de las dinastías y de los sábios egipcios, viviendo aun sobre aquellos picos, puede al menos exclamar lo que sin duda cantan los ángeles en el empireo; lo que nosotros casi nunca podemos decir ni creer en la tierra:

¡Siempre, siempre, siempre!

PÍO GULLON.

LEON XIII Y LA ITALIA.

(Continuación.)*

LA IGLESIA CATÓLICA Y LA CIVILIZACIÓN.

GARTA PASTORAL PARA LA CUARESMA DE 1877.
JOAQUIN, DE LA ADVOCACION DE SAN GRISÓ-
GONO, CLÉRIGO DE LA SACRA IGLESIA ROMA-
NA, CARDENAL PECCI POR LA GRACIA DE
DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBIS-
PO DE PERUSA, Á SU AMADÍSIMO PUEBLO.

I

La obligación, que por nuestro Ministerio pastoral tenemos siempre, amadísimos, de anunciaros la verdad, se ha acrecentado ahora, en razón de vuestras necesidades, que se hacen más urgentes en los tiempos desgraciados en que vivimos. Nos es necesario hablaros para iluminar vuestra mente, que se trata de oscurecer

(*) Véanse los números 233, 234, 235, 236, 238, 239 y 243, págs. 161, 205, 228, 274, 330, 357 y 495.

con falaces y seductoras doctrinas, y para ponerlos en guardia contra máximas que se proclaman descaradamente y se tornan sumamente peligrosas. Y sobre todo, nos es preciso hablaros para desvanecer la confusión, que se introduce hábilmente en las ideas, con el fin de que no se sepa claramente qué es lo que ha de reprobarse como malo, y lo que, siendo bueno y justo, debe mantenerse. Porque, amadísimos, la guerra que se hace á Dios y á su Santa Iglesia, es más formidable, merced á que no siempre viene dirigida con lealtad, sino con astucia engañadora. Si los impíos, que viven entre nosotros, dijese siempre y abiertamente qué es lo quieren obtener, nuestra tarea se haría bastante más fácil, y de otra parte, los fieles, ante la enormidad misma de las pretensiones, se verían persuadidos á no prestar oídos á los seductores. Pero no se hace así: en vez de esto, se recurre á palabras que lisonjean, y que no entrañan un sentido único y preciso; y despues, sin definir las, se arrojan como pasto á la curiosidad pública, se fábrica sobre ellas casi otras tantas ciudadelas, desde donde se dispara furiosamente contra la Iglesia, sus ministros, sus enseñanzas.

De semejante artificio se podrían citar ejemplos no pocos ni dudosos; mas por decir solamente una palabra, de que tanto abusan los incrédulos, ¡quién no sabe, amadísimos, cuánto no se repite hoy la palabra *civilización*, como si entre ella y la Iglesia existiese una repugnación intrínseca y una enemistad irreconciliable? Esta palabra, que de por sí es vaga, y que no se cuidan de definir los que la emplean, ha venido á ser el azote que se sacude sobre nuestra espalda, el instrumento para abatir las más santas instituciones, el medio para allanar el camino á excesos deplorables. Si se toma á burla la palabra de Dios y de quien lo representa aquí en la tierra, es que la civilización lo pide. La civilización es la que quiere que se restrinja el número de Iglesias y de los ministros sagrados, y se multipliquen en cambio los lugares de pecado. La civilización es la que reclama teatros sin gusto y sin freno de pudor. En nombre de la civilización se da rienda suelta á la usura espantosa, á las ganancias deshonestas; y en nombre de la civilización aún una prensa inmoral envenena los ánimos, y el arte prostituido contamina los ojos con obscenas imágenes, y se abre camino para corromper los corazones. Entretanto, á la som-

bra de la palabra lisonjera, levantada como honroso estandarte, la mercancía envenenada tiene libre despacho, y entre el rumor que aturde, y las ideas que se embrollan, una cosa queda en pié: que nuestra es la culpa si la civilización no corre más espedita y no se eleva á más espléndidos destinos.—En esto tendria su origen lo que quiere llamarse la lucha por la civilización, pero que más propiamente podría decirse opresión violenta de la Iglesia.

No os maravillará, por tanto, amadísimos, si dirigiéndoos nuestra palabra, como de costumbre, al aproximarse el tiempo cuadragésimo, nos ponemos á discurrir extensamente, y con preferencia á todo otro asunto, sobre esta civilización, para ponerlos de manifiesto con evidentes pruebas que todo lo bueno que esta palabra contiene y expresa, ha llegado á nosotros por conducto de la Santa Iglesia, y sólo por su maternal solicitud nos será conservado en el porvenir.

II

No queremos, sin embargo, que, al ponernos á discurrir sobre esta importante materia, pueda otro devolvernos con razón la censura, dirigida poco há por nosotros á los adversarios, de servirnos de palabras que, no bien definidas, concluyen por engendrar la confusión. La verdad no gana nada con este sistema, y vosotros, amadísimos, á quienes no llega por primera vez la palabra de vuestro Pastor, sabeis cómo sobre todo ha estado siempre en nuestro ánimo el triunfo de la verdad sobre el error. Así, pues, procuraremos esclarecer desde luego el sentido de la palabra tanta veces repetida, y no creeremos haber empleado mal el tiempo, si, definida aquella claramente, se nos hace más lúcido y ordenado el discurso.

III

Es notorio, y una brevisima reflexión bastará para convencernos de ello, que el hombre ha sido destinado por Dios para la sociedad, y constituido de suerte, que sin ella no podría subsistir en modo alguno. Niño, donde quiera que fuese abandonado á sí mismo, caería más pronto que aquellas flores que sólo viven algunas horas; ya mayorcillo, falto de juicio y de esperanza, se engañaría muchas veces en su da-

ño, si no tuviese quien le guiase, le instruyese, le adiestrase en conllevar la vida honradamente, y le preparase para prestar á los otros sus servicios, como ellos se los prestan á él. Toca á la virilidad, ¿qué sería aún del mismo sin la pródiga tutela de la sociedad, de que forma parte? Un famoso economista francés (1) resume como en un cuadro los múltiples beneficios que obtiene el hombre de la sociedad, y maravilla contemplarlos. Paráos á considerar el más mezquino de los hombres, el más oscuro de los artesanos; tiene sin duda de qué vestirse bien ó mal, tiene con qué calzarse. Ahora bien: ¿cuántas personas, cuántos pueblos no se ponen en movimiento para proveer á aquél de sus andrajos, de sus zapatos! Todos los días lleva á su boca un pedazo de pan; y de nuevo ¿qué trabajo, cuántos brazos empleados en servirle, desde el aldeano que abre los surcos del campo para depositar en ellos la semilla, hasta el último que convierte el grano en pan! Este hombre tiene derechos; pues hay abogados para perorar, magistrados para pronunciar juicios, soldados para hacerlos respetar. Es ignorante; pues hay escuelas, hombres que componen libros para él, otros que los imprimen. Tiene instintos religiosos, trasportes hácia Dios; pues hé aquí á su servicio sus hermanos, que dejan todas las demás ocupaciones, se entregan al estudio de las cosas sagradas, renuncian á los placeres, á los negocios, á la familia, por responder mejor á aquellas supremas necesidades. Pero basta de esto: que bien claro aparece lo indispensable que es vivir en sociedad para satisfacer necesidades tan inevitables como variadas.

IV

La sociedad, compuesta de hombres esencialmente *perfectibles*, no sólo no puede permanecer inmóvil, sino que progresa y se perfecciona. Un siglo hereda de otro las invenciones, los descubrimientos, las mejoras adquiridas; y así, la suma de los beneficios físicos, *morales*, políticos, viene creciendo maravillosamente. ¿Quién se atrevería á comparar las miserables casas de los pueblos primitivos, los toscos enseres del ajuar, los imperfectos útiles, con todo lo que poseemos en el siglo XIX? ¿Hay más proporción entre el

trabajo perfectamente realizado por nuestras ingeniosas máquinas, y el que salía penosamente é imperfecto de la mano del hombre? ¿Es dudoso para nadie, que valgan más que los viejos caminos mal trazados, que los inseguros puentes, que los largos y penosos viajes, nuestros caminos de hierro que, poniéndonos alas á la espalda, parece que han empequeñecido nuestro planeta, tanto se han aproximado los pueblos? Per la *suavidad de las costumbres públicas* y la cortesía en los modales, ¿no vá la edad que corre sobre las rudas y groseras formas de los bárbaros? ¿Y las *relaciones recíprocas* no se han embellecido? ¿Y el *sistema político*, bajo algunos respectos, no se ha mejorado por obra del tiempo y de la experiencia? ¿Dónde están las venganzas privadas consentidas, las pruebas del fuego, el talion, etc.? Los pequeños feudos, los rivales municipios y los indisciplinados soldados aventureros, ¿no han desaparecido? Es, pues, una verdad de hecho, que el hombre, en las nuevas sociedades, *se ha perfeccionado* bajo el triple punto de vista del bienestar material, de las relaciones morales consigo mismo y con los demás, y de las condiciones políticas.

Ahora bien: los grados diversos de este progresivo desarrollo, que alcanzan los hombres reunidos en sociedad, constituyen la civilización, que es incipiente y niña, cuando las condiciones, por las cuales se perfecciona el hombre, bajo aquel triple respecto se cumplen en una escasa medida; adulta, cuando se cumplen más ampliamente; y sería completa, si en alguna ocasión se realizasen todas.

V

Establecido así el verdadero concepto de la civilización, para no dar golpes á la desesperada ni luchar en el vacío, se nos ofrece la gran cuestión que en nuestros días tiene suspenso al mundo. ¿Es la civilización una planta que no puede brotar y producir sus frutos en una sociedad que vive del espíritu de Jesucristo, y en medio de la cual hace sentir su voz de madre y de maestra la Iglesia católica? ¿Estará condenado el hombre á no entrar en el consorcio, de que se aprovecha en el orden físico, moral y político, allí donde no sea rebelde á la Iglesia y no le mande el libelo de repudio? Esto, amadísimos, debería afirmarse, ateniéndose á las

(1) Federico Bastiat.

ideas que están en boga, y á los hechos que caen bajo los ojos. Porque parece natural creer que exista semejante incompatibilidad en el cristianismo y en la Iglesia, cuando se estima necesario recurrir á una guerra durísima contra esta última en nombre de la civilización, pretendiendo que toda esperanza de mejora debe perderse, si antes no se concluye con aquélla. Hé aquí, amadísimos, la cuestión que llamábamos grande y capital; toda vez que, si se resolviese en daño de la Iglesia, no habría ya quizá modo de detener la apostasía de sus hijos, los cuales desdeñarían una institución que les obligaba á permanecer en la barbárie é incivilizados.

VI

Pero, si la cuestión por una parte es gravísima en sí y por las consecuencias que trae, por otras de aquéllas que, para convertirse en ocasión de honrosísimo triunfo para la Iglesia, no requiere más que una tranquila reflexión y una imparcial investigación de los hechos. Y precisamente con la tranquila reflexión y á la luz serena de los hechos es como nosotros tomamos á nuestro cargo tratarla, amadísimos, á fin de que ninguno de vosotros sea engañado por la agena malicia ó inducido á sospechas vanas contra la Iglesia. Sin embargo, nos preocupa la amplitud misma de la materia, que no puede encerrarse del todo dentro de los límites necesariamente estrechos de una carta Pastoral. Nos convendrá, por consiguiente, distribuir en partes nuestro tratado, contentándonos esta vez con discurrir sobre la civilización, considerada como el cumplimiento de aquellas condiciones por las que se perfecciona el hombre en la sociedad, bajo el punto de vista físico y material. Y no emprendemos el camino desde este punto sin deliberado propósito: pues, aparte de que es el primero que debe explicarse, y por tanto el primero también que debe atraer nuestra atención, es, de otro lado, el más importante, no por su valor intrínseco, pero sí por la desordenada inclinación de nuestra época, cuidadosa sobre todo de las cosas que conciernen á los sentidos y á los destinos temporales.

VII

Ahora bien: ¿es verdad, amadísimos, que dentro de la Iglesia, y siguiendo sus enseñanzas, se

vea impedido el hombre, por lo que se refiere al bienestar público, de tocar al grado de civilización que podría, si se hallase desligado de todo vínculo y dependencia de ella? Como viene al caso, hacemos nuestras las conocidísimas palabras de un escritor, no afecto, ciertamente, á la Iglesia: «¡Cosa admirable! la religion cristiana, que parece no tener más objeto que la felicidad en la otra vida, fundó también la felicidad sobre esta tierra (1).»

Parad, en efecto, vuestra consideración, amadísimos: el trabajo, de donde vienen las riquezas públicas y privadas, los perfeccionamientos de la materia y los descubrimientos ingeniosos, repútase como la primera fuente de prosperidad. Ahora, el trabajo, ya se considere en su forma más humilde, que es la manual, ya en la más noble, que es el estudio de la naturaleza para conocer y aplicar sus fuerzas á los usos de la vida ¿quién lo promovió jamás mejor que la religion de Jesucristo, la cual se conserva pura é inalterada en la Iglesia?

El trabajo fué desdeñado, y se desdeña aún, donde el Cristianismo no extiende su benéfico imperio. Aristóteles lo llamaba iliberal (2); con el mismo dictado lo agraciaba Platon (3). Los obreros, que fueron siempre por parte de la Iglesia objeto de tan amorosa solicitud, no se estimaban por ningún griego dignos del nombre de ciudadanos, puestos como estaban casi la igual de los esclavos (4). El hombre libre en posesión de todos los derechos no trabaja, menosprecia también las bellas artes; y así debe mostrarse en los teatros, en el libre trato social, y haciendo gala de ociosa elocuencia en las asambleas. Y de estas costumbres de la Grecia no diferían mucho las de los romanos. Aquel solemne filósofo y orador, que se llamó Marco Tulio, despreciaba el trabajo de tal modo, que tenía á obreros y braceros en la estima de bárbaros y de gente de ningún valer (5). Terencio, que es buen testimonio de las ideas aceptadas y corrientes en la Roma de sus tiempos, dá á entender que se miraba digno de respeto y de honor el que traía una vida ociosa, no el que se

(1) Montesquieu, *Esp. des Loix*, XXIV, 3.

(2) *Politica*, III, 3, VIII, 2.

(3) *De Rep.*, 2.

(4) *Politica*, II, 1.

(5) *Quaest. Tusc.*, V. 36.

veía obligado á conllevarla con el trabajo (1). Cuál fuese la ocupacion más agradable á los romanos libres, lo enseñó Juvenal (2): «arrastrarse ó insolentarse con los ricos, para tener pan y diversiones sangrientas».

Tal ha sido, amadísimos, la suerte del trabajo en los dos pueblos más cultos del gentilismo, y fuera de esos pueblos nunca ha sido mejor, ni lo es ahora tampoco. Así como los antiguos germanos, descritos por Tácito (3), aborrecían el trabajo, así también vemos en nuestros días subsistir la misma antipatía en los pueblos privados de la luz del Evangelio. En la India un bramín, esto es, uno perteneciente á la casta superior, se creeria manchado con solo tocar á un pária; los salvajes de la América del Norte se abstienen del trabajo, que imponen, en cambio, á la mujer, considerada como esclava; y si hubiésemos de atenernos á una famosa *Revista*, también entre nosotros, no obstante haber llegado á tanta cultura, el trabajo apenas se honra más que de palabra, y mientras hay quien se inclina ante el rico, no se pone en verdad buena cara á aquél cuya mano encallece sobre los útiles de la profesion (4).

Este estado de cosas desapareció, cuanto en el vasto cuerpo de la sociedad comenzó á sentirse el soplo de la religion cristiana. Desde luego el trabajo se tuvo por ella como una dignidad sobrehumana; porque Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, quiso estar sujeto al pobre artesano de Galilea, y El mismo, en el taller de Nazareth, no se avergonzó de prestar ayuda con su bendita mano. Mediante el trabajo, los Apóstoles, enviados de Jesucristo, quisieron tener con qué conlleva la vida y no ser gravosos á sus hermanos, sino, ántes bien, ayudar á los pobres (5). Los Padres luego parecen no hallar palabras que respondan á su vivísimo deseo de encomiarlo y atraer hácia él el aprecio y estimacion de todos. San Ambrosio (6) y San Agustín (7) lo exaltan por su utilidad. San Juan Crisóstomo hace resaltar que el trabajo, á pesar de sernos impuesto como expiacion, sirve también de ejercicio, por

cuyo medio se fortifica la naturaleza moral. El trabajo, finalmente (1), habilita al hombre, no sólo para bastarse á sí, sino para socorrer á los otros. Hé aquí bellas y verdaderas ideas del trabajo, todas cristianas, todas salidas del cuño de la Iglesia; y ésta, á su modo, influye poderosamente para que tomea cuerpo en los hechos y en las instituciones. El monaquismo, consagrado al trabajo de propósito, y más especialmente á la agricultura, viene á tomar su puesto en la sociedad, y á llevar gloriosamente su valioso concurso al bienestar común. Separados de esta gran institucion por trece siglos que han corrido entre ella y nosotros, orgullosos de nuestra industria y de los progresos, hemos olvidado en qué tiempos nació, cuánto hizo y de cuánto la esdeudora asimismo la civilizacion en esta parte. ¿Cuánta alabanza no es debida á aquellos pobres monges, que dieron tanto impulso á lo que hace próspera y cómoda la vida? Nosotros vivimos en tiempos en que el trabajo es promovido: en los cuales el que posee grandes capitales viene á buscar en él los medios de acrecentarlos, el que no los tiene viene á tentar el camino para llegar á la riqueza deseada; pero aquellos hombres santos, que se reunian bajo la disciplina de la Iglesia, vivian en tiempos de invasiones bárbaras, de confusion, cuando nadie amaba el trabajo, y el que tenia un brazo robusto no pensaba poder emplearlo mejor que al servicio de un aventurero rapaz, y en producir estragos y ruinas. Y, sin embargo, en tan inícuas condiciones, se esparcieron por la Europa, convertida en un desierto, para cambiar su aspecto y hacerla rica en floreciente cultivo. Transportémonos con el pensamiento á aquellos tiempos, y consideremos, amadísimos, qué ejemplo tan eficaz y provechoso nos dieron aquellos hombres, que, contentos con un pobre vestido y satisfechos con un alimento que bastase á retardar la muerte, dejaban la plegaria para marchar al campo, y allí hendian con el arado la tierra para confiarle la semilla que, crecida, debia bastar para abastecer de pan á los pobres, á los peregrinos, á comarcas enteras; de igual modo se entregaban con gran trabajo á abrir caminos, á echar puentes que hiciesen más expeditas las comunicaciones de país á país, más fácil y más seguro el comercio ¡Qué ventajas

(1) *Eun.*, II, 2.

(2) *Satyr*, X, 81.

(3) *Ger.* XIV, 15.

(4) *Revue des deux Mondes*, t. 61, pág. 70.

(5) *Act. Apost.* XX, 34, 35.

(6) *De vita beata* I, 6.

(7) *De oper. Monachor.* 3.

(1) *Constit. Apost.*, VII, 12.

no debía sacar la sociedad de la experiencia de aquellos que, ensayando y volviendo á ensayar con larga paciencia, y poniendo en comun fuerzas y luces, habían llegado á secar pantanos, é encauzar ríos, á recoger el agua dispersa para utilizarla en el riego de los terrenos cultivados, de tan ingeniosa manera que, á atenernos á la autoridad de un ilustre historiador, todavía los modernos, después de los progresos de las ciencias naturales, tendrían que aprender alguna cosa de aquellos antiguos habitantes del cláustro (1).

No sólo las artes sencillas y más estrictamente indispensables de la agricultura tuvieron incremento y vida por obra de los monges, inspirados y dirigidos por la Iglesia, sino que las fabriles mismas y las liberales no tuvieron más seguro asilo ni mejor campo donde ejercitarse que las Iglesias, los Episcopados, los Monasterios, en cuyos lugares adiestraronse las primeras, y á cuyos lugares enviaron las segundas las chispas, que después debían crecer en esplendor maravillosamente luminoso. Si, por tanto, el trabajo es fuente de riqueza, y la riqueza pública es signo de civilización, en cuanto el hombre mejora respecto á su bienestar físico y exterior, no se puede poner en duda, que la Iglesia tiene derechos históricamente incontrastables al reconocimiento común, y que una lucha emprendida contra ella en nombre y en interés de la civilización sería á la vez irracional é injusta.

VIII

Y esta irracionalidad é injusticia manifiestas se descubren mejor, cuando uno se pone á consultar nuestra historia civil, historia que los enemigos de la Iglesia, llenos como están de iras apasionadas y de prejuicios, ó no leen, ú olvidan demasiado pronto haberla leído. ¡Cosa notable, amadísimos! Se quiere abandonar á la Iglesia, á quien se considera incapaz de promover la civilización y los risueños progresos que tanto se aman; y si no se arrojan á las llamas los documentos históricos referentes á nuestra patria preciso es confesar, que nunca se elevó la sociedad en Italia á tan altos vuelos de civilización, como cuando era animada por el soplo cristiano, y se hallaba totalmente envuelta en la atmósfera ca-

(1) Cantú, *Storia dgl' Italiani*.

tólica. A pesar de toda nuestra vanidad y nuestra jactancia, no sabemos seguramente si hombres sensatos tendrían el valor de sostener, que, en punto á grandeza política é industrial, nosotros, los modernos, estemos en camino de superar á nuestros padres católicos y creyentes en palabras y hechos.—Venecia, Génova, Pisa, Luca, Florencia y otros Comunes y provincias italianas, cuando eran obsequiosas á la autoridad de la Santa Iglesia, llenas de fé que se evidenciaba en las admirables basílicas, en las ricas instituciones de la piedad cristiana, desplegaron un poderío, que, teniendo en cuenta los tiempos y los medios imperfectos, supera al de las más florecientes naciones modernas. El mar Jónico, el Negro, el Africa, el Asia eran el teatro de las proezas comerciales y guerreras de sus antepasados, allí hacían sus importantes y fecundas conquistas: y mientras fuera ondeaba temida y honrada su bandera, en casa no se estaban ociosos, cultivaban las artes y el comercio, aumentando por todos los medios honrosos la riqueza pública y privada. La industria de la lana, de la seda, de la platería, de los vidrios de colores, del papel, en Florencia, en Pisa, en Bolognia, en Milan, en Venecia, en Nápoles, proporcionaban trabajo lucrativo á miles y miles de operarios, atraían sobre nuestros mercados el oro y el concurso de los de fuera. De aquí el lujo, fruto de la riqueza acrecentada en aquellos comercios, tan duramente condenado por Alighieri, Villani, Varcki, por casi todos nuestros cronistas; de aquí aún el incremento y el esplendor de las Bellas Artes, que vienen de ordinario á regalar los ocios de una vida acomodada. Los nombres de Giotto, de Arnolfo, de Brunelleschi, hasta los de Pedro Perujino, de Rafael, de Tiziano, de Vignola, de Paladio y otros innumerables, forman el digno coronamiento del cuadro que representa el maravilloso progreso en la civilización de una sociedad, que no era obligada á desprenderse de la sujeción de la Iglesia y á hacerse incrédula para marchar expedita por la vía de la civilización, y añadir dulzuras y encantos á la vida.

IX

Pero la Iglesia no tiene sólo el incontrastable mérito de haber ennoblecido y santificado el trabajo; no sólo tiene la gloria de que la sociedad, dirigida é inspirada por ella, haya dado rápi-

dos pasos en la vía de la civilización; tiene un título aún más noble, una gloria aún más pura: y es, que mantiene á los hombres en el medio racional, é impide que por excesivo amor al trabajo se llegue á convertir en una fuente de barbarie y de opresión lo que, ejercitado discretamente, es medio de perseguir deseables ventajas y honesta prosperidad.

Las escuelas económicas modernas, contagiadas de incredulidad, consideraron el trabajo como fin supremo del hombre, y tuvieron al hombre mismo por una máquina más ó menos apreciable, según que gira más ó menos adecuadamente para la producción. De aquí la ninguna estima en que se tiene al hombre moral, de aquí el enorme abuso de la pobreza y de la debilidad por parte de los que quieren esquilmarla en su provecho. ¡Cuántas y cuán solemnes quejas no nos tocó oír aún en países que se estiman llegados á la cima de la civilización, por las excesivas horas de trabajo impuestas al que debe ganar el pan con el sudor de su frente! Y los niños llevados á los talleres á enfermar del pecho en medio de tempranas fatigas, ¿no contristan, acaso, al observador cristiano, no arrancan palabras de fuego de toda alma generosa, y no obligan á gobiernos y parlamentos á estudiar leyes para poner coto á ese tráfico inhumano? Y si la caridad católica, incansable en socorrer, no viniese en su ayuda con las salas, con los asilos de infancia, ¿cuántos niños no quedarían abandonados á sí propios, ahora que la manía del trabajo saca del hogar doméstico, no sólo al hombre, sino también á la madre? ¡Ah, amadísimos, cuando vemos ú oímos contar por bocas, que no pueden ser sospechosas, estos hechos, no podemos contener el sentimiento de enojo que pugna por estallar contra los que piensan confiar á manos de éstos bárbaros la suerte de la civilización que dicen proteger!—Y aún hay algo peor; pues este indiscreto trabajo, en cuanto enerva y consume el cuerpo, arruina el alma, en la cual va borrando poco á poco la imagen y semejanza divina. A fuerza de tener á los hombres encadenados á la materia, sumergidos, absorbidos en ella, la vida del espíritu se adormece en aquella pobre víctima de trabajo, hecho pagano de nuevo: todo lo que ensalza al hombre, que le hace ser lo que Dios quiere que sea, el rey de la Creación, el hijo adoptivo del Señor, el heredero del reino de los cielos, se oscurece

ante sus ojos, cae en el olvido, dejando, en cambio, sin freno cuanto hay en el hombre de instintivo y de animal. Puestos en presencia de estos seres, tan desconcertados por la avaricia, por la fiereza de quien no tiene entrañas, se pregunta uno, si estos fautores de la civilización, fuera de la Iglesia y sin Dios, en vez de hacernos progresar, no nos empujan muchos siglos atrás, conduciéndonos de nuevo á aquellos tiempos de luto, en que la esclavitud hería á tanta parte de los hombres, y el poeta Juvenal exclamaba tristemente, que el género humano vivía para diversion de unos pocos.

Ahora, este ardor intemperante que agita á nuestra sociedad, ¿quién lo corrige mejor que la Iglesia Católica, que, si por un lado invita á todos al trabajo, emplea por otro con sabiduría sobrehumana los medios más conducentes á impedir el abuso? Pues, aparte de que para ella no son palabras vacías de sentido las de humanidad y de amor fraternal, ¿quién ignora la eficacia que llevan consigo para dulcificar las asperezas é interrumpir la dolorosa continuidad del trabajo los domingos y las solemnidades cristianas, que vienen de tiempo en tiempo á difundir la alegría religiosa en las familias de los creyentes?

De igual manera que en un largo viaje hecho por árido desierto, bajo la inelemencia del sol, se hallan, con inmensa alegría del caminante, lugares en que copudos árboles ofrecen la anhelada sombra y suaves alfombras de verdura el ambicionado reposo; así estos caros días aparecen para restaurar el cuerpo en el descanso, y el alma con inefables consuelos. Entonces el pobrecillo sacúdense de encima el polvo del campo y del taller, y parece respirar con sus mejores vestidos más á sus anchas; apercíbese de que Dios no lo creó para que permaneciese perpétuamente unido al carro de la materia, sino para que fuese su Señor. Para él envía el reanimador rayo del sol; para él estas colinas que lo embriagan con sus perfumes; para él estos prados, en medio de los cuales vá á solazarse con la mujer, con los tiernos hijos; para él, en fin, aquella gracia de Dios en que la modesta comida aparece más sabrosa que de costumbre. Si entra en la iglesia, donde lo llama la voz de la religión, encuentra delicias que en ninguna otra parte puede hallar; las armonías de los sacros cantos deleitan sus oídos, sus ojos se deslumbran á la vista de pre-

ciosos mármoles, de ricos dorados, de elegantes paramentos, de la severidad de las líneas arquitectónicas; pero sobre todo vienen á conmover, á purificar el corazón las palabras del Ministro de Dios, que le recuerdan la redención, sus deberes, sus esperanzas inmortales. En esos días también las inocentes alegrías de la familia dejan de ser un deseo para convertirse en una realidad.

Al lado de su mujer, rodeado de sus hijos, ejerce la más noble y más suave de las soberanías; conoce á sus súbditos, que tan gran parte forman de su corazón, es conocido por ellos; se dá cuenta exacta de las necesidades, y se enciende en él el amor al trabajo y á la economía, para satisfacerlas.

Así, con el descanso de la fiesta, se restaura física y moralmente, y lo que se llama por algunos ocio censurable, no es sino trégua fecunda, que después de gustada lleva á recomenzar el trabajo con más vigor y sin aquella antipatía que le hace aparecer veces como una condena, como un suplicio.

(Del libro de R. Bonghi, *León XIII y la Italia*, trad. por H. Giner.)
(Continuará.)

MAHON.

(Continuación.)*

VI

Ya hemos dicho que el tratado de Utrecht sancionó el despojo de Gibraltar y de Menorca, tan fácilmente y á tan poca costa adquiridas por los aliados del pretendiente austriaco.

El artículo 11.º de aquel célebre convenio, dice así: «El rey católico por sí y por sus herederos y sucesores, cede también á la corona de la Gran Bretaña toda la isla de Menorca, tras-
pasándola para siempre todo el derecho y pleno dominio sobre la dicha isla, y especialmente dicha ciudad, castillo, puerto y defensas del seno de Menorca, llamado vulgarmente *Puerto Mahon*, juntamente con los otros puer-
tos, lugares y villas situadas en la referida is-

la. Pero se previene como en el artículo precedente, que no se dé entrada ni acogida en *Puerto Mahon*, ni en otro puerto alguno de la dicha isla de Menorca, á naves algunas de guerra de moros que puedan infestar las costas de España con su corso; y sólo se les permitirá la entrada en dicha isla á los moros y sus naves que vengan á comerciar, según los pactos que haya hechos con ellos. Promete también de su parte la reina de la Gran Bretaña, que si en algún tiempo se hubiere de enagenar de la corona de sus reinos la isla de Menorca y los puertos, lugares y villas situadas en ella, se la dará el primer lugar á la corona de España sobre otra nación para redimir la posesión y propiedad de la referida isla. Promete también Su Majestad Británica, que hará que todos los habitantes de aquella isla, tanto eclesiásticos como seculares, gocen segura y pacíficamente de todos sus bienes y honores y se les permita el libre uso de la religión católica romana; y que para la conservación de esta religión en aquella isla se tomen aquellos medios que no parezcan enteramente opuestos al gobierno civil y leyes de la Gran Bretaña. Podrán también gozar de sus bienes y honores los que al presente están al servicio de Su Majestad Católica, y aunque permanecieren en él; y será lícito á todo el que quisiere salir de aquella isla, vender sus bienes y pasarlos libremente á España.

Este artículo no es sino la reproducción ampliada del 5.º del tratado de trégua y armisticio de 19 de Agosto de 1712, en que se estipulaba el transporte de tropas y municiones á Gibraltar y Puerto Mahon, actualmente ocupadas, dice, por sus armas (de Inglaterra), y en cuya posesión ha de quedar por el tratado de paz que se ha de hacer; y lo es también del 4.º del de 27 de Marzo de 1713, en que aparece cláusula igual ó semejante.

Al concluirse la guerra, y acabadas apenas de concertarse las estipulaciones, se presentó en Menorca el duque de Argyle con plenos poderes para establecer la administración pública en nombre de su graciosa soberana la reina de Inglaterra.

Ya al tiempo de la conquista, el que se titulaba *Magnífico jurado de Mahon*, Bartolomé Seguí había pedido, en nombre de la Universidad de aquella villa, la confirmación de todos los pri-

(*) Véanse los números 247 y 248 páginas 612 y 641.

vilegios de que disfrutaba la isla al morir Carlos II, interrumpidos, al parecer, en aquellos ocho años de perturbacion y guerra; solicitud á que el general Stanhope habia accedido sin restricciones ni reservas en decreto expedido á 17 de Octubre en el castillo de San Felipe de que acababa de hacerse dueño.

Pero al llegar Argyle como agente ya de la nueva metrópoli, todos los Jurados de la Isla se apresuraron tambien á proponerle los puntos que consideraban como más importantes á la economía y buen estado de Gobierno de la misma, referentes, casi todos, á la conservacion de la religion católica y sus templos, á la confirmacion de sus privilegios y prácticas; á la manutencion de los derechos universales que es tanto como la de su gobierno y administracion peculiares, y á que considerase, por fin, el estado miserable de la isla, exhausta de todo y obligada al suministro, en parte, de las tropas de ocupacion, para que se la atendiese y ayudase á salir de tanta penuria.

No copiamos la reclamacion de los Jurados de Menorca, porque la respuesta de Argyle la especifica suficientemente, y necesitamos comunicar ésta á nuestros lectores para en ella fundar despues algunas consideraciones que nos parecen oportunas y conducentes al objeto de este escrito.

Dice así: «Habiendo considerado los puntos del memorial que V.ª M.ª me presentaron esta tarde, doy en respuesta á V.ª M.ª lo siguiente: 1.º y 2.º «En cuanto el primer y segundo puntos debo acordar á V.ª M.ª que por orden de S. M. y en su nombre les aseguré de la continuacion de los fueros y privilegios, cualesquiera Eclesiásticos y civiles, segun V.ª M.ª tendrán ya más razon para dudar del cumplimiento de cualquier promesa hecha por orden de S. M., lo cual espero les dará una perfecta satisfaccion en esta materia.»

3.º «En cuanto en el tercer punto, debo decir que todos los derechos sobre cosas, que introducen en cualesquiera puertos de S. M. pertenecen á la Reina, segun las Leyes, pero que S. M., conociendo que avanzaria mucho el tráfico de esta Isla, que los puertos de ella se hiciesen francos fué servida de su mera bondad de ordenar que ningun derecho fuese demandado, ni por los Oficiales civiles ni militares y éstos tendré yo cuidado de hacer que obe-

dezcán puntualmente las órdenes de S. M., y los Oficiales civiles representaré las razones que V.ª M.ª mandan á la Reina, como es de mi obligacion hacer todo aquello que V.ª M.ª desean de mí, que no está en mi poder el darles gusto en su entero cumplimiento.»

4.º «El cuarto punto debe informar á V.ª M.ª que las tropas no han de estar más tiempo esparcidas por la Isla del que se tardasen en fabricar las Barracas en las fortificaciones, lo cual será en menos de un año, y por este camino será presto remediado el gravamen que se menciona en este artículo.»

5.º «En cuanto en el quinto se tendrá todo cuidado posible para que se traigan granos, y ya se ha hecho un contrato para proveer las tropas, de suerte que consumirán muy poco de cualquier otro pan.»

6.º «En cuanto al sexto, los militares harán todo lo que estuviere de su parte, para llenar la Isla de toda suerte de carne y no es ménos necesario el que los vasallos de S. M. en esta Isla hagan lo que bestuviera de su parte para transportar cantidades de ganados y aves de afuera para mantener la cria lo que si se ejecuta juzgo no habia peligro de faltar carnes en la Isla.»

7.º «En cuanto al séptimo, S. M. tiene intencion de enviar carbon de piedra de la Gran Bretaña para el servicio de las tropas; y debo pedir á V.ª M.ª que lo que encomienden á los habitantes, que no se confien totalmente en la leña que hay al presente en la Isla, sino que tambien planten alguna cada año, como se practica en todas las otras partes del mundo donde los bosques se consumirían tan presto como en esta Isla á no suplirlos con una constante plantacion de nuevos árboles.»

«Ultimamente pido á V.ª M.ª que se aseguren que así como tengo toda la inclinacion imaginable para servirles, por lo tanto no ejecutaré trabajos ó diligencias que sean posibles para compasar y traer á efecto todo aquello que conduzca para el bien de esta Isla. Guarde Dios á V.ª M.ª muchos años, como deseo de Ciudadela á 5 de Diciembre de 1712. = B. L. M. de V.ª M.ª su seguro servidor. = Argill. = Señores Jurados de Menorca.»

La anterior resolucion del delegado británico revela elocuentemente que su gobierno estaba decidido á, en las futuras estipulaciones para la

paz, exigir la anexión de la isla. Se le vé, con efecto, empeñar á los naturales en el camino de la resignación con su conciliadora y hábil conducta. Nosotros no damos valor á frases como las con que empezaba el memorial de los Jurados, arrancadas, lo mismo que al pueblo menorquin, á todos los del mundo, por el temor ó la torpeza en circunstancias semejantes. Dicen, «habiendo cabido la dicha de estar esta Isla bajo el suave dominio de la Reina de la Gran Bretaña, Señora Nuestra (q. d. g.);» y aun cuando, para honra nuestra, se han visto en la Península española, en casos iguales, rasgos muy distintos de entereza patriótica, han sido por todos, como extraordinarios y escepcionalmente gloriosos considerados. Menorca, aislada en un mar que dominaba el enemigo y rodeada de otras adictas á la causa austriaca como todo el litoral de enfrente, se hallaba en caso muy diverso, inerme y á la merced de los que sin contraresto alguno eran señores del Mediterráneo. En otras ocasiones, aunque de opresión tambien como aquella, Menorca ha demostrado su amor á España; afirmándolo con sacrificios y pruebas de lealtad que seríamos muy injustos en desconocer, pues que son el timbre más sobresaliente y glorioso de su historia.

Que la conducta de Argyle estaba dictada por un espíritu sagaz de la política inglesa, se observa tambien en la seguida por su gobierno despues del tratado de Utrecht. Lo hábil era, mejor que imponerse, atraer los ánimos hácia la nueva metrópoli, y entre los papeles del general Cotoner hay dos cartas reales, de Mayo de 1714, á eso dirigidas; una la á que ya nos hemos referido al trasladar el del hijo de Tremol, y otra que parece como reproduccion de la de Argyle, y, cual ella, buscando el establecer ya en la isla un orden de cosas permanente y sólido.

Tambien copiaremos esta última por juzgarla interesante y curiosa, aunque esté medianamente traducida, á nuestro parecer, y peor redactada.

Dice así: «Palacio de Sala Blanca (Witheshall?) á 3 de Mayo de 1714. Estilo nuevo.

«Señor mio: Despues de mi carta de 3 de los corrientes, habiendo tomado la Reina á más adelantada consideración los puntos sobre los cuales fué el objeto para despachar á V.ª S.ª y á esos Señores que tienen á cargo eso, le ha parecido á S. M. que será de grande uso y be-

neficio, cuando se haga la planta de Gobierno civil que se ha de establecer en Menorca y firmar, de tener algunos nativos de esta Isla sobre el hecho, con quien puedan consultar de tiempo en tiempo si hubiera algunas dudas ó dificultades, por lo cual me es mandado participar á V.ª S.ª asista en esta materia al Coronel Kane ó al Comandante en Jefe á quien se ha ordenado convoque juntas de los Pueblos y habitantes de la Isla los más consecuentes, y demostrarles y asegurarles el Gobierno civil, y de la Religion y derechos que les pertoca, no solamente sobre el pié de la última estipulación y tratado hecho con España, pero en la mejor y más perfecta manera que sea posible en que se les pueda aliviar y hacerlos dichosos debajo del Gobierno de S. M. y adelantar la Isla á la más florida y próspera condición en que jamás ha estado; por lo cual ha parecido á S. M. ser necesario que el Pueblo de esa Isla concuerden entre ellos, y elijan dos sugetos de la mejor inteligencia, práctica, leyes, constituciones del país, y los de mayor integridad y sabiduría, y los envíen aquí con el Brigadier Durand. =

«Estas personas han de traer consigo un lleno estado de sus leyes, costumbres y privilegios de la Isla, con una exacta información de cada punto, de forma que sean hábiles á responder, y dar cuenta al fin á que hacen esta jornada. =

«A S. M. le ha parecido dar dirección, que las costas y gastos que hicieren estas personas en esta jornada sean á cargo de S. M., y que despues de cumplido este trabajo ó lo que deben venir aquí, se volverán con el conde de Paterboroug, al cual será ordenado pase á Menorca este verano, para que ponga y regule todo lo que fuese concerniente á la ejecución de todo. =

«Señor. = El más humilde servidor, F. Bolinghrok.»

Ya ven nuestros lectores que la Gran Bretaña no perdonaba medio alguno que á su gobierno ocurriese para anexionarse la isla de una manera verdaderamente cordial por parte de sus habitantes. Las órdenes y consejos de Argyle para el aumento del comercio, repoblación de ganados y árboles, y para procurar la prosperidad, en general, de la isla, eran á cual más prudentes y hábiles; y que el espíritu reinante en Inglaterra debía servir á animar en aquel camino á sus delegados, así civiles como militares, en Menorca, lo prueba bien la carta refrendada

por el ministro Bolingbroke al procurar una información de todas las necesidades de la nueva colonia por los que mejor podrían conocerlas y mayor interés tenían en que se satisficieran por completo.

Era aquella la política misma de los romanos en la marcha de sus innumerables adquisiciones. Las regían generalmente por sus leyes declarándolas municipios, ciudades ó colonias según la importancia de ellas ó sus proyectos; daban vida ó pábulo á su industria y comercio, y las estimulaban con instituciones y auxilios hasta, con su prosperidad relativa, hacerlas olvidar el sentimiento de la dignidad nacional y de su patriotismo.

Pero en lo que más nos importa ahora detenernos es en una noticia que se desliza en la contestación de Argyle á los jurados; en la de que se iban á fabricar barracones donde acuartelar las tropas que, hasta entonces debían andar esparcidas por la isla. Si el servicio de vigilancia natural en la época pasada de la guerra de Sucesión, y lo reducido de la fortaleza de San Felipe obligaban á los ingleses á una ocupación, aun en esas condiciones, más política, además que militar, bien conocían que el dominio de la isla estaba en el perfectamente sólido de aquel puerto incomparable, primera razón de su conquista y de los sacrificios de la nación en la lucha recientemente acabada. Considerábanse con influencia verdaderamente decisiva en el Mediterráneo desde que dueños de Gibraltar y de Mahon, dominaban la entrada en aquel mar y podían, según se engolfaban en él, esparcir su comercio é imponerlo con la autoridad y la fuerza representadas por unas naves que tendrían, aun en las ocasiones y casos más desfavorables, un refugio, mejor dicho, un abrigo tan amenazador como seguro. Dueños de Mahon y haciéndolo impenetrable, podían desafiar el crecimiénto y los progresos de la única potencia que en aquel seno marítimo aparecía con ínfalas y propósitos realmente formales de enseñorearse de él bajo la dirección y el espíritu emprendedor y altanero del soberano francés que á nada menos había aspirado que al avasallamiento de la Europa, como había conseguido el absoluto, el incondicional de sus súbditos.

Y entonces se comenzaron las obras gigantes cas que habían de convertir la que ya podía llamarse *bicoca* de San Felipe, según se mostraban

y extendían los nuevos adelantamientos científico-militares, en una fortaleza de la mayor importancia. La existente quedó reducida, aun con reformas de consideración, al papel de reducto interior; y además de un recinto nuevo, robusto, extenso y sabiamente cerrado, se adelantaron hácia la campaña obras y obras con sus fosos y minas que, impidiendo el asalto, hicieran necesarios procedimientos más lentos aun y enérgicos para su ataque y conquista.

Mucho se estudió, y se discutió aun más por los ingenieros ingleses sobre la situación y las proporciones que habrían de darse á las obras que aseguraran el dominio del puerto de Mahon. Antes de que los preliminares y el tratado mismo de Utrecht sancionasen la ocupación inglesa, receloso el gobierno de la Gran Bretaña de que se la revocaran D. Carlos ó D. Felipe, el que saliese vencedor de la tremenda lucha entablada para la sucesión en el trono de España, pensó en fortificar el promontorio de la Mola que aparecía en condiciones militares y marítimas en algo semejantes al de Gibraltar, conquistado con iguales propósitos y para el mismo fin de dominación en el Mediterráneo. Hasta se empezaron fortificaciones en derredor de la atalaya que coronaba el monte, á las que se dió el nombre de «Fuerte Anna» por el de la reina que ocupaba entonces el trono de Inglaterra; pero dueños de toda la isla, y creyendo dominarla mejor desde la margen opuesta, los ingenieros desistieron de un proyecto á que les inducía la idea de una ocupación parcial, y se decidieron á ensanchar y robustecer la antigua fortaleza de Felipe II.

Este error hace exclamar á un historiador militar inglés de mediados del siglo pasado: «Apénas fueron establecidos estos principios de jurisprudencia, (derechos reales y de patronato), el gobierno inglés cuidó de fortificar el castillo de San Felipe de manera que con él quedase perfectamente asegurado el dominio de esta nueva adquisición; pero falta mucho para que se hayan tomado las medidas todas conducentes á ese fin, pues, habiendo hecho depender la conservación de toda la isla de la del solo fuerte de San Felipe, se le ha puesto, á fuerza de gastos prodigiosos, en tal estado de defensa que nadie ha intentado atacarla. Desde ese momento los ingleses abandonaron la primera idea que habían tenido de

«fortificar la eminencia de la torre de señales
 «cuya posición habría sido muy útil para de
 «ella hacer una plaza inexpugnable, porque, no
 «estando dominada de ninguna otra altura,
 «antes por el contrario, dominando todas las
 «próximas, podía hacerse de ella una isla y,
 «descarpando los lados expuestos á un ataque,
 «formaría una roca de elevación prodigiosa ro-
 «deada de agua por todos sus costados. Una
 «fuente de agua viva que la naturaleza ha pue-
 «sto en ella habría ofrecido una gran utilidad; y
 «el boquete que se hubiera abierto para dar una
 «nueva entrada al puerto por la parte de Cala
 «Taulera, habría hecho de aquella posición una
 «plaza la más fuerte, sin duda alguna, de Eu-
 «ropa, á poco que sus ocupantes hubieran sabi-
 «do aprovecharse de las ventajas que ofrece. Y
 «si es verdad que durante los cuarenta y ocho
 «años de la dominación inglesa se han emplea-
 «do más de un millón de libras esterlinas en
 «sólo las fortificaciones del castillo de San
 «Felipe, es de creer que con tal suma había
 «más que suficiente para la construcción de un
 «nuevo fuerte, levantado en extensión más vas-
 «ta donde se podrían hacer casas para los habi-
 «tantes y todos los edificios civiles y militares
 «necesarios para la guarnición y los víveres.
 «Un mediano presidio hubiera bastado para su
 «defensa; y ese fuerte habría asegurado mejor
 «la posesión de la Isla, por no poderse tomar
 «sino por medio y después de un largo blo-
 «queo.»

«La Inglaterra ha podido emplear más útil y
 «juiciosamente las sumas enormes que se han
 «gastado en las fortificaciones de San Felipe:
 «1.º, en mejorar las de ese mismo fuerte sin ne-
 «cesidad de dotarlas de ese inmenso monton de
 «piezas de artillería poco proporcionado á ellas;
 «2.º, en concluir el recinto *bastionado* de Ciuda-
 «dela, añadiéndole algunas medias lunas y un
 «camino cubierto fortificado para cubrir y de-
 «fender el lado del puerto; 3.º, en construir en
 «todas las calas ó bahías propias para un des-
 «embarco reductos acasamatados, con cañones
 «y morteros y que pudieran ser defendidos por
 «50 hombres cada uno; 4.º, en aumentar la fuer-
 «za de Fornells con algunas fortificaciones;
 «5.º, en tener constantemente de ocho á nueve
 «batallones en tiempo de guerra para guarnecer
 «las dos plazas situadas en las dos estremida-
 «des de la isla, Fornells, que está en el centro,

«y cada uno de los diez ó doce reductos dotados
 «de 50 hombres. De este modo se podría consi-
 «derar como quimérico todo proyecto de inva-
 «sión en Menorca, por muchos que fueran los
 «esfuerzos que hicieran los enemigos de la
 «Inglaterra. No obstante tanta negligencia
 «ó, por mejor decir, la poca previsión del
 «gobierno inglés, aún ha sido necesario para
 «llevar á cabo el proyecto de conquistar la isla,
 «el que se haya, además, cometido la falta de
 «no haberse nunca pensado en otras nuevas
 «construcciones en el puerto de Mahon, donde
 «debería haberse situado una escuadra desde los
 «primeros movimientos que hicieran temer ó
 «desear la guerra.»

«Véase si hace tiempo que los hombres pensa-
 «dores se han ocupado en preparar la defensa de
 «Menorca y si antes de ahora se ha llamado la
 «atención de los gobiernos sobre las excelencias
 «de la Mola que tan tarde hemos visto fortificar.»

«La fortaleza de San Felipe, dominada des-
 «de varias eminencias bastante próximas contra
 «algunas de las que se había avanzado el reduc-
 «to de Marlborough, tenía muy cerca, pero so-
 «bre su mismo glacis, un padrastro que sólo se
 «concibe al pensar que lo consentían los ingleses
 «tan aficionados á los solaces del campo y al
 «*comfort* incompatible con las estrecheces y la
 «clausura de un castillo. Ese padrastro era el ar-
 «rabal de San Felipe, casi pegado al fuerte, y que
 «á pesar del ejemplo de 1708 en que les sirvió de
 «tanto su ocupación, aumentaron y embellecie-
 «ron los ingleses. Sus principios fueron una serie
 «de barracones construidos para albergue de los
 «obreros de la fortaleza que llegaban de todos los
 «puntos de la isla y eran relevados con la fre-
 «cuencia que es de presumir siendo labradores y
 «llevados allí como por requisá. Pasó á ser aloja-
 «miento de las familias militares que no lo tenían
 «en el castillo, y con el tiempo nuevos vecinos
 «forasteros y los descendientes de los veteranos
 «que guarnecían la fortaleza formaban una po-
 «blación cuya independencia de la autoridad ci-
 «vil y cuyas fechorías, sobre todo en materia de
 «contrabando, producían un decreto de Carlos II
 «para que se le arrasáran todas sus viviendas.»

«Esta real disposición es de 1679; y seis años
 «después se edificaban en mayor número aún que
 «las demolidas y á 500 pasos de las murallas, lo
 «cual no es de extrañar en el reinado del *Augús-
 «tulo* de la casa de Austria. Lo que sí admira es

que, no sólo las consintieran los ingleses, sino que las aumentaran también, y de fábrica tan robusta como elegante; siguiendo, á lo visto, el sistema adoptado en Gibraltar por vía de usurpación en un principio y de recreo y desahogo después.

VII

Los triunfos de la Inglaterra en el centro de Europa durante la guerra de Sucesión, y las adquisiciones obtenidas en España, dieron á aquella nación una gran preponderancia en los asuntos políticos del mundo. Sus escuadras, con eso, pudieron dedicarse á proteger y fomentar un comercio que á ninguna otra potencia le era dado ejercer con ventaja, privadas, como se veían todas, del prestigio que un dominio casi absoluto de los mares había proporcionado á la Gran Bretaña durante los años, harto largos, de la lucha pasada y los inmediatos posteriores en que no habían llegado ellas á reponerse de los reveses y descalabros sufridos. La preponderancia inglesa no reconocía contrapeso alguno en los mares; y se hubiera fortificado de una manera fatal para la Europa en el continente, si el orgullo de aquellos insulares no se elevara hasta herir las susceptibilidades ménos quisquillosas aún entre los mismos gobiernos de sus antiguos aliados.

Así es que, al advenimiento de la época á que nos llama la oportunidad del asunto que en el presente escrito, no había en Europa sino una sola nación, y esa por un interés urgente, que hiciese cuerpo con la Inglaterra en sus recíprocas querellas. El Austria, la aliada inmemorial con cuyos soldados principalmente había sostenido las guerras anteriores continentales, comenzó á mediados del siglo á mostrar un desvío que no pudo ocultarse por mucho tiempo á los hombres de Estado del Reino Unido. Y no bien, fruto de los recelos que les inspiraba la frialdad del Austria, habían pactado con Prusia el convenio de 18 de Enero de 1756, cuando María Teresa, abandonando las viejas tradiciones imperiales, se unía á la Francia que, en odio á su rival secular y amaestrada con las desgracias no remotas todavía, se esmeraba en recuperar la influencia perdida con la creación de un poder marítimo que un día pudiese afrontar al que había producido el engrandecimiento de la Inglaterra. La Rusia,

que acababa de celebrar con ésta un tratado que la prometía subsidios abundantes, se separó también de su alianza para estrecharla con el Austria y la Francia; y la Holanda, enojada por el abandono de sus intereses en Utrecht, y la Suecia, la Polonia y los electores del Elva y el Rin se coaligaron para el intento de ahogar en su origen las ambiciosas pretensiones del rey de Prusia, único soberano, repetimos, del continente que, olvidando la gratitud que debía á la Francia, se puso del lado de los ingleses. Es evidente que el génio militar de Federico habría de servirles de palanca poderosísima para mantener en suspenso la atención y la grave pesadumbre de tantos odios y envidias como habían concitado en Europa con su arrogancia y su lujo de arbitrariedades y tiranías; pero la Inglaterra tenía muchos puntos vulnerables, y sus enemigos no lo desconocían ni lo olvidaban.

De los neutrales, entre los que se contaban como más importantes Dinamarca y España, ésta era, sobre todo, la que ingleses y franceses procuraban principalmente atraerse, y de la puja establecida entre ellos para conseguirlo nació la idea de la feliz expedición del duque de Richelieu á la isla de Menorca. Con su conquista lograban un cebo sabrosísimo para arrancar á Fernando VI del retraimiento pacífico en que obstinadamente se mantenía encerrado, ya que las halagadoras ofertas de la corte de Viena no lo conseguían, aún influyendo sin descanso la insaciable ambición de Isabel Farnesio que siempre aspiraba á colocar sus hijos en cuantos tronos, electivos ó nó, se presentase vacantes en Polonia ó Italia, en cualquiera parte.

La Inglaterra dejó sus ofrecimientos para más adelante, confiando en la inclinación del Rey de España hacia ella, ó mejor todavía, en la influencia del ministro Wall que no veía equilibrio en Europa sin la preponderancia de sus antiguos compatriotas.

El Gabinete de Versalles, por el contrario, inspirándose entonces en el antiguo proverbio de que quien dá primero dá dos veces, preparó sigilosa y rápidamente en Tolón una gran escuadra que diera convoy á una nube de trasportes que depositaron en la playa de Ciudadela unos 12.000 hombres con abundante material de artillería y municiones.

Ignoraba el gobierno inglés la importancia

del armamento que se disponia en Tolon, é ignoraba además su destino, siendo aquella una de las pocas ocasiones en que pueda decirse que fué sorprendida su vigilante y proverbial suspicacia. No elevaba más que al de seis el número de los navios que se alistaban en aquel puerto francés cuando era de doce de 64 á 84 cañones con cuatro fragatas de 24 á 46, y varias corbetas y cañoneras; y los creia destinados á la América del Norte, error que produjo los gravísimos sucesivos de la debilidad de las fuerzas con que se creyó poder contrarrestar el armamento enemigo, y de la vaguedad y falta de acierto en las instrucciones dadas al almirante Byng destinado á mandarlas.

No vamos á estampar aquí esas instrucciones publicadas en no pocos libros ingleses, pero sí haremos constar que, además de vagas por la incertidumbre en que estaba el gobierno, encerraban alguna segunda intencion funesta, la de la pérdida, quizá, del infortunado almirante.

Oigámosle en su *Testamento Político*, aún cuando sea con el recelo de haberlo escrito en los dias de su proceso. «Inglaterra, dice, sabe que la Francia apresta un considerable armamento en Tolon; que envia un cuerpo respetable de tropas á las costas de Provenza, con grueso repuesto de artillería y provisiones de guerra y boca; y que se juntan muchos barcos de transporte, así en el puerto de Tolon como en el de Marsella. Todos estos avisos al llegar á Lóndres sirven de materia á una conversacion de mero pasatiempo, en vez de llamar la atencion del Ministerio; dando lugar á que se hagan apuestas de 400 contra 1, á que no saldrán los franceses de sus puertos ni intentarán empresa alguna. Si investigamos los vicios de esta conducta, se verá que el partido realista sigue constante su plan de empeñar á la Europa en una guerra general. Los franceses embarcan sus tropas; sale la escuadra al mar con rumbo á Menorca; las fuerzas de desembarco se establecen en aquella isla con la misma facilidad que si lo intentáran en sus propias costas, sin que Blakeney les dispute la playa ni Ciudadela donde hubiera podido oponerles un obstáculo poderoso á su desembarco y á su establecimiento en tierra. Si la Inglaterra hubiera dado la importancia debida á los primeros avisos que la llegaron, tiempo habia para

«enviar á Menorca una escuadra que observase los designios y las operaciones de los franceses y embarazase su empresa. Pero no habiendo querido oponerse al desembarco y al establecimiento de los franceses en la isla, era verdaderamente difícil, aunque no imposible, el desalojarlos de ella, y al no hacerlo la Inglaterra quiero conceder que seria por que no pudiese. Al cabo comprendieron los ingleses que la pérdida de Menorca llevaria consigo la ruina de su comercio en Levante; y la compañía que lo monopoliza instó porque se acudiera á salvar aquella isla por más dificultades que se ofreciesen para ello. Condesciende la Nacion á esas instancias y hace el esfuerzo de armar una escuadra que procure introducir los socorros necesarios. Se me honró con el nombramiento de comandante de la escuadra que llamó la atencion de toda la Europa, así por las disposiciones que revelaba el Ministerio y la fuerza del armamento, como despues, por el combate y sus consecuencias.—Al tiempo de los preparativos de aquel armamento, representé al Almirantazgo, que no se me daban navios suficientes para poder librar un combate con ventaja á la escuadra francesa que protegía el sitio, é insistí en que aumentára la tripulacion de los buques que se me entregaban. Pedí tambien buques de transporte para la conduccion de tropas y de las provisiones de guerra y boca, manifestando mi deseo de que fuesen bastante ligeras para que, durante el combate que yo diese, pudiesen entrar en el puerto é introducir en el fuerte de San Felipe los auxilios necesarios. Insistí en que se tomáran todas estas providencias para el armamento; pero, cansado de mis instancias el Almirantazgo, me aseguró que el gobernador de Gibraltar me facilitaría cuanto pedía; conociendo, aunque tarde, que con las esperanzas que se me daban no se tenía otra mira que la de libertarse de las que se consideraban importunidades mias. Cuanto solicitaba me parecia, sin embargo, de tan grande consecuencia, que me dejé persuadir de que mandarian se me entregase.—Recibí las últimas órdenes y partí con la escuadra, tal como se hallaba, creyendo deber mio el de obedecer, no obstante los defectos del armamento que era débil, habiendo sido necesario, aun para ponerle en aquel estado, recurrir á una leva violenta de marineros.»

Si esto es exacto, y así lo confirman varios historiadores y, entre ellos, principalmente el reverendo Juan Entick, autor de la *Historia general de la última guerra*, que se refiere á todos los sucesos de aquella lucha, así como en Europa, en Asia, en Africa y América, y publicada seis años despues del á que se contrae el presente capítulo; si no exagera, repetimos, en su relato el célebre almirante, nada ofrecen de extraño ni el mal éxito de su expedición ni sus tristes, aunque inútiles quejas. No vamos á hacer la narración de las operaciones todas navales que permitieron al duque de Richelieu llevar á cabo su difícil empresa de la conquista de Menorca, cuyo principal interés para nosotros no está en ellas; pero creemos que, estudiadas con detenimiento y conciencia, podríamos demostrar, con la desgracia de Byng, la negra intriga urdida para perderle ó para disculpar las torpezas del gobierno que hizo se le condenase á la última pena. Ya se sabe que para la explicación de todo revés importante se busca siempre una víctima, y buenos ejemplos de ello presentan los generales Ramorino y Bazaino en los tiempos actuales; pero en el del almirante Byng, se descubren, además del sacrificio á la vanidad de una gran nación y á los cálculos de la política, encono y maldad muy difíciles de explicar en la inglesa.

«He mirado, decía en sus postreros días, el momento en que me prendieron como el de mi condena: todo cuanto se ejecuta actualmente no conspira á otro objeto que al de revestir de forma jurídica la sentencia pronunciada muy de antemano contra mí.»

Mientras en Inglaterra se proveía tan torpemente á impedir la expedición francesa, ya se dirigiese á América, ya tuviese por objetivo la conquista de Menorca, desembarcaba, según ya hemos apuntado, en esta isla el duque de Richelieu sin oposición por parte de los ingleses, y con la mayor alegría y no insignificante cooperación de los naturales. Sea que el génio británico, esencialmente positivista, los hiriese en sus intereses; sea que las condiciones del tratado de Utrecht le ofrecieran obstáculos insuperables para una asimilación, nunca ni en ninguna parte más conveniente, con sus leyes y carácter, lo cierto es que los franceses hallaron en Menorca una acogida que sólo en caso deberían esperar los españoles por su historia, costumbres

y hasta idioma. El clero, sobre todo, se mostró obstinadamente hostil á la dominación inglesa.

Los papeles del general Cotoner rebosan de noticias respecto á los manejos usados por los gobernadores de la isla y el mismo Gobierno de la metrópoli para desterrar, primero á los sacerdotes emigrados de Mallorca en los principios de la guerra de Sucesión, por sus ideas borbónicas; despues á los mismos de Menorca, que sostenían su dependencia del obispo de la otra isla hermana y de Roma, por consiguiente, y hasta el culto católico; por fin, para, con el establecimiento del protestante ó del anglicano, desnaturalizar por completo aquellos antiguos y leales súbditos de España.

En 1748, y á los principios del Gobierno de Blakeney en Menorca, se presentaron al de Lóndres unas observaciones publicadas, según podrá observarse más adelante y que también se hallan entre los papeles de nuestro respetable amigo el marqués de la Cénia. Vamos á trasladarlas á este escrito, tal como están traducidas, para que se vea el trabajo de asimilación á que se dedicaban los ingleses, á fin de asegurarse la posesión de una isla, el espíritu de cuyos habitantes no habían podido mejorar en tantos años como llevaban de dominarla. Dicen así:

«Como Menorca sea muy distante de Inglaterra, tres cosas parecen á la primera vista absolutamente necesarias para asegurarla: primeramente tener allí tales fortificaciones que no fuese muy fácil al enemigo el tomarlas ni sujetarlas: 2.º Tener allí una guarnición suficiente y completamente para defenderla; bien prevenida de todo lo necesario para aquel efecto. 3.º (Solamente daré aquí un breve extracto de lo más sustancial), se debería procurar que los naturales y habitantes fuesen firmes y constantes amigos nuestros para el caso de alguna inesperada invasión; porque de lo contrario, si la España pasaba allí, es cierto que cada uno de los nativos tomaría con gusto la parte de los Españoles, y para prevenir tan grande inconveniente, sería necesario tomar proporcionadas medidas, á saber: que nuestras tropas no se cambiasen cada año como se acostumbra allí, y sí que estuviesen siempre firmes y constantes en un mismo lugar con que establecerían más y más sus conocimientos y amistades con los naturales, ofreciéndoles precios extra-

ordinarios para sus tierras y posesiones, y como ellos sean pobres y amantes del dinero, con facilidad consentirian en vendérselas, y en el discurso del tiempo fácilmente vendríamos á ser maestros señores de ellos, y la Isla por este medio vendria á ser poblada de buenos súbditos Ingleses é Irlandeses, enviando allí un suficiente número de Eclesiásticos Protestantes, de los más doctos civiles, afables y políticos, catequizando y manteniendo escuelas públicas, predicando y dándoles copias de nuestras Biblias Inglesas, haciendo caridades y limosnas públicamente de mucho dinero á las familias necesitadas, haciéndonos muy amigos y familiares con ellos, comiendo y bebiendo con los nativos con familiaridad y mucha llaneza, civilidad y política y siempre con la bolsa abierta, permitiendo el matrimonio entre unos y otros, por cuyo tan dulce y prudente medio vendríamos á ser tan unidos que los nativos vendrian fácilmente á conocer y tener vergüenza de su error y equivocacion, y nos seria fácil de someterlos á nosotros y entrarían en un perfecto conocimiento de sernos agradecidos por el favor que por medio de nuestra ayuda y asistencia recibieran de haberlos librado y sacado de la indolencia de su vivotería, supersticion y engaño; las tierras allí son muy buenas y capaces de ser mejoradas en grande aumento mediante nuestra conocida industria; seria primeramente muy conveniente que nuestros Ministros Eclesiásticos no se olvidasen de hacer constante y públicamente sus eclesiásticas funciones exortaciones sin cesar y que lo ejecutasen con la mayor y muy ejemplar solemnidad y circunspeccion; y al mismo tiempo que los Menorquines fuesen de tiempo en tiempo convidados y rogados de ir á ver nuestra manera de rogar á Dios, especialmente á aquellos nativos que entienden algo de la lengua inglesa; y como ellos erróneamente piensan que nosotros no tenemos buena Religion, sin duda en el principio tendrian mucha repugnancia, pero la curiosidad muchas veces tiene tanta fuerza que podria hacerles alguna impresion, y como no fuese con otro designio que para hacer sus imprudentes observaciones acostumbradas podrian consentir en entrar en nuestras iglesias, y viendo por ellos mismos, y oyendo que nosotros adoramos y rogamos á el mismo Dios y

Salvador que ellos tienen y adoran, sin duda entrarían en conocimiento de su error, é ignorancia, y lo más cierto que se dispondrian y consentirian en querer entender la diferencia de entre unos y otros y fácilmente vendrian á conocer su error, y lo mejor y más ventajoso de nuestra protestante Religion, y seria ocasion para con facilidad disminuir y convencerse de su ignorante adersion á nosotros; y despues de los réditos pertenecientes al obispo de Mallorca con una pequeña adición de mil libras esterlinas anualmente se podrian aplicar á tan buen fin, como comprar y repartir entre los nativos nuestras Biblias y otros de los nuestros mejores libros y escritos, que serian más que bastantes para obligarles ó hermanarse con nosotros y á salir y totalmente apartarse de sus errores, lo que seria de grande privilegio y beneficio á los nativos de Menorca y más si los menorquines fuesen bajo de la administracion y conducta del gobernador Kane y las medidas que podrian tomarse para hacerles aun más ventajosos y favorecidos.

Bien podria ser que los Clérigos Romanos hiciesen más fuerte opinion á nuestras tan buenas y religiosos designios é intenciones, y ellos harian la fuerza inopinable para estorbarla, y prevenir totalmente el discurso y efecto que haria nuestra constante predicacion y enseñanza; ellos no podrian sufrir ni siquiera permitir aun la conversacion y humano tratamiento de los nativos con nosotros y mucho ménos el que leyesen ni hiciesen uso de nuestras Biblias y libros, pero la influencia de la curiosidad haria tal impresion que sin la menor duda prevaleceria entre muchos de ellos y gradualmente en el discurso del tiempo vendrian todos á unirse con nosotros, y creer lo mejor de nuestra verdadera predicacion además que muchos medios se podrian tomar para facilitarlo y refriar aquella tan perniciosa influencia de los Clérigos Romanos á saber hacer una muy rigurosa inquisicion sobre sus procedimientos y entender de su modo de vivir y del modo con que ellos tratan los nativos en sus combos lo que podria resfriar mucho el calor en consecuencia de su mal ejemplo y maldicia de su espontánea predicacion é impetitiva enseñanza, y castigándoles con rigor, sin duda produciria el mismo fruto, y haria el mismo ó semejante efecto que se vió en Inglaterra en el

«tiempo del Gobierno de Enrique 8.º, y como
 «las eclesiásticas dignidades y curias en la Isla,
 «y la nominacion á las mismas sea peculiar de-
 «recho de la Corona, seria muy conveniente ha-
 «cer atencion y tener particular cuidado de
 «concedérselas, siendo vacantes, á nuestros ami-
 «gos ó á lo ménos á aquellos que no tienen mu-
 «cha aversion á nuestra feliz reformation, y no
 «permitiendo, bajo de pretesto alguno, que los
 «hijos de los Menorquines sean enviados fuera
 «de la Isla para recibir su educacion, privando
 «nuestros Romanos nuestros enemigos del ejer-
 «cicio de las armas, y solamente permitir á los
 «que podian manifestarse amigos á los que se
 «inclináran á seguir nuestras tan importantes
 «como necesarias, combenientes y muy saluda-
 «bles proyectos y favoreciendo muy ventajosa-
 «mente á aquellos que se aprovechan de nues-
 «tras doctrinas y enseñanza; y si alguno de los
 «Menorquines quisieran entrar en nuestra bue-
 «na Religion Protestante, que sea por nosotros
 «fuertemente protegido y animado conforme su
 «produccion y carácter, ó á lo ménos se hará
 «que cualquier atraso, daños y perjuicios que
 «aquel ó aquellos podrán tener, padecer y sufrir
 «por haberse apartado y salido de su error para
 «aceptar y entrar en nuestra buena protestante
 «Religion, que les sea todo ámpliamente com-
 «pensado y pagado por nuestro Gobierno, y se
 «debe esperar que si Menorca vuelve á entrar
 «otra vez en nuestras manos, que nuestro Go-
 «bierno no dejará de hacer seguir y establecer
 «muy sábias regulaciones de esta y semejante
 «naturaleza, porque la falta de la debida aten-
 «cion á los sobredichos, ha sido la primera y
 «principal causa de la pérdida de una Isla de
 «tanto valor y aprecio.»

Lo mismo que en éste, y ántes, mucho ántes, en cuantos proyectos se presentaron á los ministros del Reino Unido, para hacer olvidar á los menorquines su origen é historia, se proponia su emancipacion de la Iglesia católica y el planteamiento de escuelas é industrias que, modificando las antiguas costumbres, les proporcionase otras nuevas, diverso idioma y encontrados intereses. Uno de los generales que se sucedieron en el Gobierno de la isla. M. Kane, irritado con la presencia de tantos clérigos como encontró en ella, dictó una como ordenanza que contenia 22 artículos, dirigidos en su mayor parte á la expulsion de los sacerdotes extranje-

ros, á la supresion de la jurisdiccion eclesiástica del obispo de Mallorca, y hasta á prohibir los estudios y la toma de órdenes en los seminarios de la diócesis, prescripciones todas contrarias á los tratados de Madrid y de Utrecht. Esto, como dice un historiador del país, horro- rizó á todo el estado secular y eclesiástico de Menorca que apeló de tales providencias á Roma y al mismo Lóndres, á cuyo último punto se diputó un señor Bayarte, hombre erudito y práctico en las leyes del país. «Este caballero, asegura el tantas veces citado Clavario de Mahon, constituido en la córte, se hizo sus- pitoso por una demasiada confabulacion con el embajador de España, y el gobernador Kane, que le hacia observar, valiéndose de este pre- texto, le desgració con todos los ministros de aquella córte, de forma, que nada hizo, fué obligado á dejar la córte y á no volver á Me- norca. El gobernador Kane, despues de expel- lidos los eclesiásticos extranjeros, toleró que lo demás de sus artículos corriese como antes; ó al ménos disimulaba.»

Este y cuantos documentos é historias andan por el mundo y hemos visto, demuestran que los ingleses no lograron desarraigat del corazon de los menorquines los sentimientos religiosos que en él abrigaban, heredados de sus mayores, con lo que y con el conocimiento del monopolio comercial que, á pesar del interés que el go- bierno habia en un principio revelado por atraérselos, ejercian las compañías inglesas allí como en todos los mares de Levante, se explica perfectamente la alegría con que fué recibido Richelieu, y los auxilios de todo género que se le prestaron. Dice un historiador inglés: «La parte de los habitantes de Menorca más adicta declaraba frecuentemente que habia mejorado mucho su condicion desde que los ingleses poseian la Isla, y que el gobierno se manifestaba muy bueno y benigno; pero tal era la influen- cia de los curas, especialmente sobre las clases inferiores, que les hacian ver que los ingleses eran enemigos de su religion y se hallaban en estado de condenacion ó de demonios en la tierra; sacando de éstas mucho mayor fruto que de las demás consideraciones, y su aver- sion á nosotros se conservó hasta lo último.»

Es difícil hallar en la historia de un pueblo rasgo de lealtad más sublime que el que ofrece el menorquin en la suya. Hay que remontarse

para encontrarlo, á la del pueblo hebreo conservando en la cautividad, con las tradiciones de la patria, el amor á su independencia, la religion, el idioma y las costumbres de sus mayores. Aún hay quien vea con terror los trabajos de propaganda religiosa que se ejercitan en Menorca, como en tierra que se considera preparada para que fructifiquen antiguos gérmenes depositados en ella desde la época que aquí vamos historiando. ¿Serán esos trabajos dirigidos á algún objeto que conduzca á resultados más prácticos y terrenales que los de la religion? Porque allá en la memoria de los sucesos donde empieza á dibujarse la decadencia de nuestra patria, aparece indeleble la de aquellas variaciones religiosas, que no fueron sino pretexto para una lucha de rebeldía contra poderes cuya legitimidad no podía ponerse en duda. El taciturno Orange, el de Horn, Egmont y los próceres flamencos y holandeses que, para disfrazar sus ambiciones, descendieron, ellos tan fieros y orgullosos, hasta á envanecerse con el título de *pardioseros*, engañando á la plebe con su mentida humildad, no eran sino rebeldes, olvidados de sus deberes y olvidados de las mercedes que habían recibido de su soberano y aspirando á sí, no ejercían el poder como delegados, abrogárselo como independientes de la corona de que era su país uno de los florones, tan legítimo como brillante.

Rubor causa el ver en un periódico español cómo se intenta ennegrecer la fama del vencedor de Gemmingen y de Alcántara y cómo se llama *borron de España* al nunca bastante celebrado Duque de Alva, dechado de lealtad y patriotismo, tan sólo por haber sido el terror de los traidores y rebeldes, y haberlos castigado en sus tribunales tan severamente como vencidos y derrotado en los campos de batalla.

Pues lo mismo, quizá, que entonces, cuando las naciones enemigas de España alentaban la rebelion, proclamándola como de independencia del espíritu agarrotado por la intolerancia de nuestros mayores, se intente ahora para dar pretexto á intrusiones extrañas y á una nueva ocupacion de la isla de Menorca.

¿Qué mayor prueba se quiere de la lealtad de sus habitantes y de la solidez de sus principios, en punto á moral, que la de haber resistido las insistentes gestiones y las violencias de los ingleses en sesenta y cinco años que la ocuparon

y administraron sin cortapisa ni contradiccion alguna?

José G. DE ARTECHE.

(Continuará.)

EL ARTE DE LA LECTURA.

Durante demasiado tiempo ha estado reducido á figurar entre las artes de recreo. Y, sin embargo, tiene derecho á ser colocado en el rango de las artes lógicas.

Esto no es defender el privilegio de algunos, sino indicar la necesidad de todos.

En una sociedad democrática, en la que todo el mundo habla de todo, se necesita forzosamente aprender á hablar.

Y la mejor manera de aprender á hablar es aprender á leer.

No se puede leer bien sin aprenderlo; y si, por un don especial de la naturaleza, se lee bien, agregando á ese don el estudio, se lee mejor.

El arte de la lectura es á la vez un arte y una ciencia.

Como ciencia, descansa sobre ciertas reglas precisas, prácticas y aplicables á todo el mundo.

Como arte, depende de la imaginacion, y deja una gran parte á la individualidad.

En el primer concepto, enseña á leer con correccion y claridad.

Y en el segundo, á leer con talento.

El estudio de la lectura es para la voz lo que la higiene y la gimnasia para los miembros y el cuerpo.

Aprender á leer es, pues, aprender á leer mucho sin fatigarse; es el arte de hacer producir un ciento por ciento á la voz, sin comerse el capital.

Aprender á leer, cuando se trata de lecciones que deben recitarse de memoria, es aprender á *aprender*, á *comprender* y á *retener*.

Una leccion bien leida queda más pronto impresa en la memoria, se dibuja más claramente en la inteligencia y permanece en ella más tiempo.

El estudio de la lectura, en la educacion, debe mezclarse á todo para que á todo ayude.

No se trata de enseñar á los niños á declamar

ó recitar bien un trozo, sino á leer y decir bien todo lo que dicen y leen. El asunto no es enseñarles á bailar, sino á andar.

Considerado así en todas partes, el estudio de la lectura no será una sobrecarga para la memoria, sino un auxiliar. Desempeñará en la instrucción el mismo papel que los entremeses en el fenómeno de la nutrición; no será un alimento más, sino la sa de los demás alimentos.

Dejo á un lado más de un punto importante, porque con lo dicho basta para dar idea del objeto y del carácter de los principios que he intentado difundir en mi *Tratado de lectura* para uso de las escuelas primarias, y en el *Arte de la lectura* para uso de los liceos y colegios, que también he publicado.

Se me ha reprochado que con demasiada frecuencia mezclo á esta enseñanza didáctica el relato de anécdotas de puro divertimento, y debo confesar que lo hago á propósito.

No creo que haya necesidad de ser enojoso para ser serio.

Una idea nueva debe, en mi opinión, emplear todas las formas para penetrar en el entendimiento del lector.

Por otra parte, en esto lo supérfluo era lo necesario, y el divertimento una obligación.

Hacer de una enseñanza oral una enseñanza escrita es cosa muy difícil.

¿Cómo decir á los ojos lo que se dirige al oído?

He debido recurrir á los hechos que, presentando las ideas abstractas bajo una forma viva, me sirvieran de intermediarios, de buena ganancia que de traductores.

No tengo, ciertamente, la pretensión de haber realizado yo solo esta importante reforma, ni de haber agotado este vasto tema.

Mi única aspiración es la de que mi trabajo provoque ó suscite otros que lo hagan olvidar.

E. LEGOUVÉ.

(De la Academia francesa.)

EL NUDO GORDIANO.

Drama en tres actos y en verso, original de D. Eugenio Sellés, estrenado en el teatro de Apolo la noche del 28 de Noviembre último.

No sabemos cómo empezar. Resuenan todavía en nuestros oídos las aclamaciones del entusiasmo, solicitan todavía nuestra memoria aquellas bellezas de pensamiento y de expresión, confusamente guardamos los recuerdos, y sería preciso un esfuerzo que no podemos intentar y una concentración de espíritu que el tiempo limitado no consiente, para que formado claro el juicio y la opinión definitiva sobre el drama admirable de Eugenio Sellés, dijéramos aquí la nuestra explicada y minuciosa, que al fin no sería otra que de admiración y aplauso ante el drama original, ante la construcción artística más acabada que ha ofrecido el teatro contemporáneo desde *El drama nuevo* hasta hoy.

* * *

Cárlos, marido amante y enamorado de Julia su mujer, celebra el aniversario de sus bodas con una fiesta de familia, á la que asisten sus más íntimos amigos. Después de la comida recibe la noticia de su ruina con la quiebra de un banquero de Amberes, pero afortunadamente en esta catástrofe ni estaba comprometido el dote cuantioso de Julia su esposa, ni el de María su hija. Cárlos afronta con valor esta desdicha, y espera que el trabajo constante y asiduo con honradez y pureza, le devolverá las pérdidas. Se enteran del caso las dos mujeres y los dos amigos Fernando y Enrique, y este último se dispone á partir con objeto de conocer por sí mismo toda la catástrofe que en tanta parte ha caído sobre aquella casa.

La fiesta no se suspende por tal accidente, y en un momento de confusión, Enrique y Severo, otro amigo de Cárlos, encuentran perdida una carta amorosa con cita á una dama en el jardín, y consejos para que esquive la vigilancia de su marido. La carta está escrita, por las señas, en el mismo despacho de Cárlos. Los murmuradores hacen los comentarios de siempre, y dejan la carta en poder del protagonista, que á todo trance vá á impedir el escándalo, haciendo imposible el paso al jardín de cuantos en su casa se encuentran, si no es por la sola habitación que ocupa él, y que vá á vigilar severamente. Entre el ramaje hay apostados curiosos que ansían publicar una deshonra, y esto

se evitará á todo trance con la firmísima resolución de evitar el encuentro.

Llega el instante, y la mujer que acude á la cita es Julia, su esposa, la misma que Cárlos detiene, la adúltera, la madre de su hija. Y comienza á plantearse el problema de la vida de los dos, y de la honra de Cárlos y de María.

Por acuerdo mútuo se separan, y Cárlos arrostra con abnegacion sublime la responsabilidad del crimen de Julia, declarándose él, ante el mundo pecador criminal y responsable.

Pasa el acto segundo en la casa de Severo que dá un baile, al cual asisten Julia y Cárlos, para que allí, y despues de una entrevista preparada, Julia perdona á su marido y vuelva la reconciliacion en bien de la hija; pues Severo cree de buena fe que la causa de la separacion es Cárlos. Al mismo tiempo la sociedad entera murmura del caso, en los salones, las gentes señalan con el dedo al amante de Julia; se ha sabido la ruina total de Cárlos, se sabe tambien que el dote de Julia provee á las necesidades de la hija, se calumnia en regla, y se difama á grandes horizontes, y á pulmon abierto. Sobre Cárlos caen ya todas las sombras de todas las villanías, y todas las manchas de todas las impurezas.

Firme en sus resoluciones no perdona á Julia jamás, y no permitirá jamás que arrastre su nombre por el suelo. Ignora que el dinero que pide como préstamo á su amigo pueda ser de la adúltera, ignora que la sociedad lo difama y lo envilice, pero una vez poseído de toda la amarguísima verdad, condena á Julia á reclusion estrecha en su casa y bajo su guarda, y desafía al autor de su desdicha, al que ha puesto la honra suya entre su ciego cariño y la traicion de la mujer infame. Cárlos es herido en el duelo.

El acto tercero se desarrolla en la casa de Cárlos, Julia quiere huir, quiere el divorcio; y Cárlos no consiente esta separacion legal que autoriza y concede el absoluto uso de la autonomia y libertad individuales, porque Cárlos entien le como todos los hombres de bien; porque ama y aborrece á un mismo tiempo á su esposa; porque aquella mujer no puede disponer de su honor sin ajar el de su marido y el de su hija.

Pero viene la catástrofe lógica, natural, necesaria, terrible. La pasion hace presa más firme en el corazon de Julia cuanto son más justos los rigores de Cárlos, y Julia huye con su amante en un carruaje, y Cárlos, al verlos, toma una pistola, corre tras el coche, los alcanza, asalta el carruaje, y mata á su esposa.

Vuelve á su casa, la policia le sigue y le prende. María, desesperada en brazos de Severo, proclama

la honra de su padre. Fernando en el trágico momento de separar al padre la hija pregunta:

¿Y la honra del hogar?

Y Cárlos termina el drama con esta frase lanzada desde el fondo de su alma angustiadísima, para una sociedad que no da soluciones al problema de la honra ultrajada.

¡Se vá á la cárcel conmigo!

* * *

Tal es la obra dramática, excelente y aplaudidísima. Así planteado el problema trascendental, sin solución en el divorcio, ni en la separacion, ni en el duelo, ni en la reclusion severa dentro de la casa propia, el desenlace es trágico, y poético, y bellissimo.

Mucho nos complacería poder entrar en detenido análisis de todas las bellezas que campean en esta produccion dramática, y grande sería nuestra satisfaccion en exponer, comparando, cómo el arte no cabe en los moldes estrechos de ninguna escuela, cómo este drama es á un tiempo de pensamiento y de trascendencia, hiriendo todas las fibras del corazon y todas las cuerdas del sentimiento, hasta donde es lícito mantener la tension del espíritu que, identificado con el personaje que le interesa, le domina, le extremece y lo ama; y de qué manera los conflictos de la vida se pueden ofrecer en accion sencillísima, en contrastes que de la accion misma resulten, con ejemplos vivos, con pasiones sorprendidas en el corazon humano, y caracteres recogidos entre los que se mueven y palpitan á nuestro alrededor y entre nosotros; por más que esta síntesis artística, que esta estructura dramática perfecta y este hermoso coronamiento de una idea grande y un desarrollo magnífico hayan de ser esculpidos y tallados por el talento poderoso, la habilidad suprema, el buen gusto irreprochable y todo el valor del que siente su alma enardecida, y dilatado su pensamiento por el fuego de la inspiracion y la influencia irresistible de la pasion artística.

No es posible juzgar, ni transmitir el juicio, con la sola impresion de una noche de regocijo y satisfacion unánimes, y lo decimos con toda la sinceridad de nuestro corazon, desearíamos poder hablar de los defectos del drama, dibujarlos de relieve como deben enseñarse los defectos, no buscando la sutileza, el descuido, la redondilla premiosa, la frase cruda, la situacion más ó menos prolongada, las sombras de un carácter que no le roban brillo, como no roban las manchas la luz del sol; desearíamos conocer los capitales para que no pudiera recordárenos el consejo de Polibio: "si no sabeis hacer justicia á vuestros adversarios, si no

sabeis censurar á vuestros amigos, no escribais." Pero esos defectos no están en el drama.

¿Necesitará justificarse algún descuido? ¿Será conveniente por suprimir un concepto, suprimir una belleza aunque haya profusion de bellezas y de conceptos, en una escena ó un acto? ¿Y qué es esto donde todo surge con lógica, y como si saliera espontáneo del pensamiento y de la acción? Presentando el conflicto ha creado la belleza de su drama el señor Sellés, pero la belleza acabada, completa. Haciendo la belleza ha formado la *novela* interesantísima de su producción, que sorprende y encanta, despierta todos los sentimientos del alma, y estremece y subyuga. Y el arte realizado, y el arte conseguido y alcanzado, con esta armonía que siempre debiera existir de la verdad y la belleza, ofrece esa lección moral de la expiación de la madre y los sufrimientos y las inmerecidas amarguras de la hija, que resulta, que no es la base ni el propósito, sino lo que brota, lo que produce, los que con esplendores luminosísimos nace del arte.

Ese es el drama moderno.

Esa manifestación poderosa de una inteligencia en sus plenas funciones de producir y crear, con uno ú otro nombre; esa obra espontánea que parece nacida para fundir el problema insoluble de ese modo y no de otra manera; el conjunto de unidad y de pensamiento, lo lógico y lo racional, lo trágico sublime, y lo terrible bello, fundidos en la idea por esfuerzo feliz y en término felicísimo, ese es el triunfo del poeta, la consagración del artista, el éxito del escritor y la creación del talento.

¿Para qué más? No sabemos si la obra bienvenida á nuestro teatro ha podido tomar unos ú otros senderos más ó menos estrechos y limitados; pero no se podrá sostener, ni podrá afirmarse jamás que producciones dramáticas como *El nudo gordiano* vienen por revolución. Sellés ha creado, como crea el poeta y el artista, dentro de la poesía y del arte, arribando con éxito á los confines donde el bien y la verdad tienen su asiento, y produciendo belleza, tanta belleza, que su obra última será siempre joya de valor preciadísimo en el teatro español; timbre duradero de la gloria adquirida, y brillante florón en la corona que espera al joven escritor, al gran poeta y al autor dramático ayer aparecido y ayer mismo insigne.

* * *

Seríamos injustos si no tributáramos un testimonio de admiración y de aplauso al primer actor Vico en la representación del carácter sublime de Carlos, que es por derecho de nacimiento y de creación de Sellés, y por derecho de encarnación y de ciudadanía de Vico.

La Antonia Contreras sencilla, tierna, inspirada, natural, admirable. La Marín muy bien.

Y el público satisfecho completamente.

CONRADO SOLSONA.

NOTAS DE VIAJE.

(Continuación.)

VENEZIA

EL LIDO.

Oyese el ruido ágrío de una cadena que se corre y el acompasado bazuqueo que simulan las palas del hélice al moverse. El vapor se separa del muelle y camina imperceptiblemente, al paso que en la retina de todos los ojos, vueltos hácia la ciudad, se dibujan en insensible disminución los edificios, sobresaliendo los altos campaniles. Al poco rato se percibe, agrandándose por grados, el vapor que está de vuelta. Se pasa frente al Jardín Público, punta del pié en la figura con que representamos á Venecia, cuando de allí á poco asoma la isla en lontananza. Hay momentos en que del silencio de los viajeros, recogidos en mental abstracción que el espectáculo de aquella tierna naturaleza suscita, se destacan el respiro de la chimenea y el voltear de las palas impulsoras.

Entonces, parece que se vuelve en sí, se siente la dulzura de la vida sin tempestades, hasta que la melancólica sonrisa estereotipada en la faz de algunas mujeres nos vuelve á sumir en meditación. A medida que el barco se acerca al Lido, la gente se rebulle, desaparecen las cavilaciones, cada cual se apresta á saltar en tierra, las bellas componen los revueltos giros de sus vestimentas, mientras que un compartimiento del embarcadero se llena de gente dispuesta á ocupar los sitios que dejamos vacantes, á fin de volver á la ciudad que acabamos de abandonar. Saltamos unos tras de otros en el compartimiento vacío, para ir separándonos después por el camino. Quién va á pié, quién en carruaje particular, ó en tartanas destinadas al servicio del público.

Llegados á la casa de baños, cuyas celdas se extienden en extensas alas á derecha y á izquierda del gran pabellón central compuesto de fonda, salón de descanso y ancha terraza al mar para recreo de curiosos, los caballeros toman la derecha y las damas la izquierda, quedando aislados los dos sexos. A la media hora, los disfraces sociales quedan cerrados en las cámaras, y las ondas reciben nuestros cuerpos adornados sólo con el in-

dispensable atavío. Los hombres, cuando se bañan, luchan con el líquido elemento; las mujeres juguetean con él, acostumbradas como están á jugar con el tempestuoso mar de las pasiones que tantas víctimas devora. Los hombres debaten á brazo partido; las mujeres imitan el movimiento de las aguas, acompañando el oleaje con las inflexiones de sus cabecitas ligeras, móviles, pérfidas como la onda.

Los que prefieren la terraza, cuyas farolas y demás objetos de ornamentación salientes se destacan absolutos en el espacio, por la carencia de otros objetos en el fondo que quiebren sus siluetas, gozan del aspecto brumoso del horizonte y de la azulada superficie vasta del mar, interrumpida á trechos por claros puntos que forman las velas latinas de las barcas pescadoras. A medida que estas se acercan, ensanchan las ántes confusas líneas de sus elegantes lonas, teñidas de azafrañado matiz con caprichosas franjas, en cuyos fondos no es raro ver la imágen de la Virgen protectora, ó del gallo vigilante.

Al salón de descanso acuden primero los caballeros, ménos ocupados en el atavío de su persona; despues las damas, doblemente saladas, habiendo enjugado apenas las lágrimas que la náyade de los ojos verdes depositara en sus cabellos al abrazarse con ellas. Ilustradas revistas extranjeras, grandes periódicos políticos cubren los tapetes de los veladores, mientras una escogida orquesta de instrumentos de cuerda recrea el oído de los asistentes, acá y allá recostados en blandas butacas. Otros más positivos prefieren el regalo del paladar, sentados á las mesas de la fonda.

Tras del baño y del almuerzo va el necesario reposo, y tras del reposo se siente el deseo del ejercicio, solicitado por la enérgica elasticidad de los atemperados músculos. Es la hora de las excursiones á los parajes risueños, á los frescos bosquecillos; la hora de las visitas artísticas á las iglesias, del paseo por la isla.

Al caer de la tarde, cuantos establecimientos del ramo cuenta el Lido, preparan abundantes viandas y excitantes vinos para sostenimiento y solaz de sus parroquianos. Se hace la comida al aire libre, bajo toldos de verdes hojas, ó discretamente ocultos, los que manejan alguna intriga amorosa, por el entrelazado ramaje de apartada gloria.

A medida que el sol se hunde en el mar, y las estrellas comienzan á titilar en el firmamento, comienza también en remotos bosquecillos de la isla, unidos por largas ondulaciones de faroles de papel pintado, una iluminación á la veneciana que fulgura atrayendo distinguido concurso.

Los claros que deja el plantío se ocupan con el

material indispensable para un concierto. Sitio de la orquesta, andanas de sillas para el auditorio, despachos de bebidas refrescantes, café y otras dependencias instaladas en aquellos mágicos verjeles, se ven circuidos de inextricables laberintos de follaje, á donde sólo llegan la luz de los astros y la armonía de los instrumentos músicos, acaso para embellecer los incidentes de un idilio amoroso.

Es de noche. Los vapores de Venecia conducen gran número de personas vestidas con elegancia. Por cuantos senderos llevan al sitio de la reunión se ven animosos transeuntes. La plazoleta del concierto se llena de hermosas, envueltas en transparentes gasas, salpicada de flores la cabeza y el rostro destellando encantos; de galanes rendidos al poder de su belleza; de tranquilos enamorados del plácido bienestar con que la naturaleza favorece; de apasionados por el arte divino de la música.

Hasta las doce dura el espectáculo, y en ese tiempo, ¡cuánto suspiro, cuánta nota perdidos en el espacio! ¡Cuántos saetazos clavados en el corazón! ¡Qué de deseos ardientes relampagueando en el pecho, y qué de ilusiones desvanecidas tan pronto como las forjara el amor propio! ¡Quién sabe los apretones de manos correspondidos, las suspicacias prevenidas, los celos apagados, las protestas ratificadas, las promesas de amor hechas al influjo de una frase musical, de una brisa voluptuosa, de una vibración estelar!

Juventud, hermosura, elegancia, arte, clima paradisiaco, cielo rutilante, misteriosos rumores que llegan de la ciudad encantada, suaves corrientes aéreas que del mar aportan frescura, emanaciones balsámicas de las plantas, se combinan en los incentivos de la noche con las vagas ansiedades del espíritu, produciendo semejante fusión de los elementos de la naturaleza física con las aspiraciones morales, un estado excepcional en cada humana criatura, que apegándola á los placeres de la tierra la permite vislumbrar las inefables dichas ultramundanas.

Cuando la última obra musical agoniza en la orquesta, y la luz de algunos faroles se apaga, cada cual abandona su asiento buscando la persona ó personas de su compañía.

Véanse á lo largo del camino que conduce á los embarcaderos, alegres grupos que aprietan el paso para tomar pronto el vapor. En dos ó tres puntos de la isla se admiten pasajeros para Venecia, los cuales llegan apresuradamente, por lo avanzado de la noche. Llena ya toda la cubierta, los vapores emprenden la marcha. La algazara del embarque ha cesado, lo mismo que el murmullo que se produce mientras dura la colocación de la gen-

te. Al primer ímpetu de las conversaciones en alta voz, sucede el agradable momento de los diálogos susurrados entre los que bien se quieren. Las grandes pausas dejan oír los ruidos de la máquina, cuya intensidad aumenta por la noche. Algunas cabezas calenturientas se exponen ávidas de frescura al embate de la brisa marina; otras reflexivas, por lo regular de enamoradas doncellas, se velan con el ligero abrigo. Puede decirse que en estas travesías hay siempre un lapso de cinco minutos en que el barco camina como si llevara fantasmas, puras apariencias de figuras humanas. Tal es la quietud de los cuerpos y el vuelo que las almas han tomado, tendiéndose hácia las esferas de la inmortalidad.

Al final del viaje, la blanquecina línea de nebulosa que ántes indicaba el alumbrado del muelle, se acentúa, separándose los focos que la componen. Se ve perfectamente aislado cada farol y el edificio en cuya fachada se refleja su luz. El vapor toca en el merlon de madera dispuesto para desembarcar. Hombres y mujeres llegan, por lo comun, á la plaza de San Marcos, y allí se desparaman, sumiéndose en las boca-calles por donde se entra al enrevesado caserío veneciano. Por una de ellas desaparece la esbelta indígena que os ha seducido durante el concierto; cuya voz, llena de melódicos tonos, ha llegado hasta vuestra alma, cernida á través del dialecto que hablaba con sus acompañantes, y del que no habeis entendido una palabra, si no tuvisteis la fortuna de nacer en tierra véneta.

ROMA.

DISCURSO PRELIMINAR.

¡Roma! ¡Singular destino el de estas cuatro letras! Con ellas se forma la palabra *amor*, que es la materia, y también el espíritu, sobre que se ha escrito mayor número de volúmenes. Con ellas se forma la palabra *Roma*, asunto de tantos libros que podian componer una rica biblioteca. Finalmente, con ellas se forma la palabra *Omar*, personaje abonado por sus humos para relucir á cenizas cuanto se haya escrito sobre el amor, sobre Roma y sobre el ilimitado género que Pico de la Mirandola cultivó, si reapareciera por el mundo.

Tarea árdua en demasía la de decir algo nuevo acerca de ciudad tan vieja, por tan ilustres hombres visitada, por tan grandes escritores descrita. La nata y flor de la sabiduría ha pasado por allí; la crema del arte ha recibido inspiraciones en sus ámbitos; la *high life* europea y americana ha hecho rodar innumerables coches de *remise* por el empedrado de sus calles. Los peregrinos rezan en todos

sus templos; los ingleses recorren todos sus Museos, haciendo una señal en el catálogo, al margen del objeto visto, para que conste; los pintores admiran todas las obras de Rafael y de Miguel Angel, sin imitar ninguna; y los escultores sienten la revelacion de la belleza en todos los mármoles griegos, porque la escultura en Roma es una manifestacion divina. A tres individuos nos ha producido igual efecto al contemplarla. Al primer poeta alemán, al gran Goethe; al primero de nuestros Pachecos, don Joaquin Francisco; y á mí, el último de los escritores de viajes. Consigno orgulloso esta convergencia de mi humilde persona, del génio y del excelentísimo señor hácia el arte por esencia plástico, é incomprensible en los pueblos saturados de romanticismo como Alemania y España.

Las damas francesas, españolas y belgas que van á Roma, visitan al Papa; las inglesas y *yankees*, visitan á Garibaldi; las familias hispano-americanas, procuran ver á los dos. El Rey, el Papa y el héroe legendario, que no cabrian en el mundo, caben en Roma, que ha sido, es y tiene trazas de ser la señora del globo. Cada astro gira en su órbita, seguido de sus correspondientes satélites. En la inmensidad del firmamento romano hay sitio para todos los soles y sistemas; pero con una condicion, la del universal dominio de Roma.

Los extranjeros al sexo fuerte, en prueba de la fortaleza peculiar del sexo, son ménos escrupulosos que las damas, y comprenden en el círculo de su curiosidad cuantos entes rarian de verse juntos; exceptuándose no obstante, de la regla general, aquellos que por llevar orejeras que les impidan ver otro camino que el que tienen delante de los ojos, andan por Roma embobados y en cuadrilla, metiéndose en cuanto lugar sagrado columbran, como si estos lugares fueran compendio de lo divino y humano que por santo y hermoso constituye la supremacía de la Ciudad Eterna. Aludo á los peregrinos, que son por naturaleza fanáticos y esencialmente huraños, los cuales, por su forma y accidentes, tanto ellos como ellas, merecian componer un sexo aparte, llamado neutro, que los diferenciara del comun de las gentes, cuyo trato rehuyen y cuya risa provocan.

Si el primer elemento de la moderna Roma es el *forestiere*, aquel sér despilfarrador que los romanos entreven en sus sueños de color de rosa, estravagante individuo que gasta al mes lo que una familia indígena al año; el segundo elemento es el mismo romano que, en combinacion con el italiano, se dedica, por regla general, á vivir del extranjero. Si alguna modificacion ha sufrido el antiguo sistema que para buscárselas tenían implantado los descendientes de Rómulo, débese á la capitalidad de Roma, y al sentimiento de dignidad que la

Italia una ha despertado en aquellos que le tenían mortecino ó ignoraban su paradero.

Chateaubriand, espíritu culto y hombre de raza, en quien el puntilló aristocrático prevalecía, con las preocupaciones, sí, pero también con las cualidades que adornar deben al caballero cumplido, en cuanto respecta á su propia estimacion, torció el gesto la primera vez que se vió en Roma. Al autor de *Los mártires* y de la *Vida de Rancé* le pareció una inmensa fonda. No nos ha dicho si buena ó mala, y es lástima, porque Rabelais, cuyo génio era el polo opuesto del talento de Chateaubriand, no habia hallado en Roma, con dos siglos de antelacion, cosa digna de superior alabanza sino la lechuga; por donde se ve que en aquella vasta fonda, de seguir las lechugas las honrosas tradiciones de sus antepasados, habia en tiempo del célebre vizconde, por lo ménos, un plato apetitoso, que ya es algo tratándose de una generacion entregada exclusivamente al culto de *Santa Pasta* y *San Manso aleso*.

Lo que se dice del romano ha de aplicarse á la romana, sin que entre en mi ánimo mancillar la fama de tan hermosa mujer, que tampoco entró en el de Moratin, quien, católico, templado, conservador, prudente, respetuoso, clasicon y hasta paco, despues de entusiasmarse oficialmente con la grandiosa suntuosidad de la Basílica de San Pedro, donde nadie ha percibido los vislumbres de la Divinidad, se creyó con autorizacion para echar los piés por alto y decir cuanto se le vino á la pluma sobre la frágil condicion de unas débiles mujeres que por su desgracia viven en tiempos bastante remotos de aquellos que las Virginias y Lucrecias ilustraron.

Queda dicho que el romano y el italiano se combinan solamente para negociar con el extranjero, pues que entre ellos no hay fusion ni acomodo posible desde que Roma, en vez de capital de los Estados Pontificios, es capital del reino de Italia. Se habla en tésis general. Allí no hay más que *buzzurri* y *caccialepri*; aquellos son los conquistadores, estos los conquistados. Aquellos son los piemonteses, los toscanos, los italianos, en una palabra, que así se les llama; y estos son los romanos.

La centralizacion en la Ciudad Eterna es un hecho consumado, aunque no reconocido. ¡Y cuidado que se trabaja para que se reconozca! En Roma se consume el aceite de Luca, el salchichon de Bolonia, el queso de Parma, el vino de Toscana; en sus *trattorios* se sirve la chuleta á la milanese, el hígado á la veneciana, la ternera á la genovesa, los macarrones á la napolitana, las truchas á la liornese; pero *nequaquam*. La mayoría de los empleados son piemonteses, y en la ciudad se oye

más de lo acostumbrado el dialecto piemontés, que es el catalan italiano.

La gran nacion que creó Camilo Benso, que consolidaron las armas francesas unidas á la juventud de la Península, con la colaboracion de la Casa de Saboya, corre peligro, en concepto de los romanos, de convertirse en un grupo de provincias tributarias del Piemonte. Está hecha la unidad política, está hecho el ejército, el país... mas la bella Nápoles, la culta Milan, la romántica Venecia, la rica Génova, la ática Florencia, la pagana Roma se ven supeditadas á la monótona Turin. La Ciudad Eterna, de su parte, hace lo posible por separar la cabeza del cuerpo.

Semejante manera de proceder, en español claro, neto, puro, limpio, fijo y sin esplendor se llama majadería: en latin se llama *non possumus*.

Para el romano, la mejor religion es la romana; el mejor gobierno, el que saca ménos contribucion y perdona más delitos; la ciudad adelantada, grande, superior por escelencia, es Roma. ¡París, Lóndres, Berlin, Madrid, Viena, San Petersburgo! Vanos nombres que oyen á los extranjeros, sin conocer apenas su significado. El romano se resiste á viajar: en su ciudad natal se resume el universo, y, como suele decirse vulgarmente, tiene á Dios cogido por los piés, porque, al cabo y al fin, la Causa primera es romana.

Roma, es grande, lo confieso, más de lo que algunos creen, aunque no tanto como se figuran sus hijos. Encierra singularidades que ella sólo posee; pero está muy atrasada, y lo estaba más aun ántes del 20 de Setiembre de 1870. Un imitador del estilo de Víctor Hugo diría: en el océano de las ciudades, Roma es la tortuga.

Pasada revista á la ligera de los seres que viven vida inteligente en la capital del orbe católico, no obstante haber olvidado los caudillos de la Iglesia militante, y la tripulacion de la nave de San Pedro, que aquí residen, porque lo difícil de los tiempos me impide ocuparme de ellos, vamos á echar una rápida ojeada á la misma capital, exponiendo ántes los varios métodos que pueden prestarnos su concurso para no hacer de estos párrafos una madeja inextricable. Y aun ha de ir por vía de prólogo lo que yo entiendo que es obligacion del escritor que se dedica á dar á luz sus impresiones de viaje.

Escritor, á mi juicio, es el que saca libros de su cabeza, y erudito el que los saca de la cabeza de los demás. (Quien dice libros dice cualquier forma de publicacion escrita.) El que crea, expone, *subjetiviza* lo que ha pensado ó sentido, sin prévia línea de conducta que le trace la direccion que han de seguir las lucubraciones de su númen; ese escribe; el que utiliza agenos materiales ó

echa por senderos trillados, ese compone, arregla, compagina; *hace* filosofía, literatura, versos; es erudito, compilador, apreciable literato, y excelente sujeto, de cuya mollera puede decirse, sin ofenderle, que jamás han brillado en sus cavidades las ráfagas creadoras del *quid divinum*. Para describir países, por el sistema de la erudición, hay que saber mucho y bien; hablar de ellos lo que otros han hablado ya, es como ir por la nieve, por barrizales ó por camino polvoriento, encajando el pié en las huellas de anteriores caminantes; luego el más cómodo proceder es trasladar al papel lo que se siente, y de la manera que se siente, no teniendo un memorion terrible para ser erudito, ó una voluntad dúctil que nos convierta en autores de reata. Resúmen: hay que conformarse á ser escritor liso y llano, á crear; y si las creaciones pueden ir realizadas con el adorno del saber, miel sobre hojuelas.

En esto del escribir, como en todas las cosas, debe haber su método. Con aplicación á Roma, ignoro cuál será el mejor; los puntos de vista son numerosos, el panorama vastísimo, la historia antigua. Hay la Roma de la República, de los Césares y de los Papas; la política y la artística; la degenerada y la regenerada; la de las ruinas y la de los monumentos que permanecen en pié; la de los romanos, la de los italianos, la de los extranjeros y la de los católicos. Desde la pobre cabaña de Rómulo; en el monte Palatino, donde es fama que se educó con su hermano Remo, despues de ser recogidos por el pastor Faustolo, hasta el Vaticano, residencia de los Papas, palacio que cuenta veinte patios y once mil habitaciones, sin incluir las salas, capillas, biblioteca, museos, etc., hay infinidad de moradas interesantes ó suntuosas que recorrer. Desde la grosera caricatura del Cristo, trazada con estilo por los soldados del pretorio en una pared del cuerpo de guardia, hasta el mármreo Apolo del Belvedere, resplandeciente de serena hermosura olímpica, hay una larga série de obras de arte que admirar. Desde las humildes criptas en que se enterraban los primeros cristianos, hasta las soberbias tumbas que en San Pedro guardan los restos mortales de poderosos Pontífices; así como desde las venerandas reliquias de los mártires hasta la imágen de San Ignacio de Loyola, estatua de plata maciza y de tamaño natural, hay multitud de objetos que exciten la piedad de los fieles. El templo de Hércules vencedor, poco mayor que una garita, y la Basílica más grande del orbe, son los extremos de una série de templos; como las subterráneas cárceles mamertinas y el castillo de San Angel, ó mole Adriana, son el principio y término de una cadena de vejaciones que comienza con San Pedro encarcelado, segun la tradición, y finaliza con Pio IX encarcelador.

En las afueras véanse los restos de antiguos edificios que, al desmoronarse, sirvieron de guarida á osados bandoleros, muchos de ellos fundadores de esas ilustres casas de la nobleza pontificia, cuyos vástagos pasean orgullosos en magníficos carruajes por el monte Pincio aquellos días de la semana en que la corte se abstiene de hacerlo. (Porque los nobles pontificios, constituyendo la aristocracia *negra*, se creen en el caso de evitar todo roce y mezcla con la aristocracia *blanca*, que es la que presta su concurso á la vida pública y social de la casa de Saboya) En el interior de la ciudad, junto á una respetable familia inglesa que, á pié ó en coche, transita por la calle, destacándose de su conjunto el dorado y el azul de las cabelleras y de los velos, pasa el sórdido fraile gris, haciendo con su repugnante figura la propaganda anticatólica más eficaz que hacer pudiera un descarado reformador; mientras tanto que el cura, de calzon corto y leviton largo, pasea indiferente, convencido de que, si no las puertas del infierno, las ventanas van prevaleciendo, y de que acaso no esté muy lejos el día en que prevalezca todo el edificio.

Como hay contraste é innúmeras gradaciones en las cosas y en los hombres, los hay tambien en la diversidad de formas que componen el total de la vida en Roma, originalísima y compleja, para cuya descripción habria menester de un libro voluminoso quien, como el que estas desbaratadas líneas escribe, pasó allí muy cerca de tres años, y por poco que tenga que decir, necesita para expresarlo un lugar y un tono que la ligereza de estas *Notas* no consienten. Quédese para ocasion propicia el cumplirlo, concretándome ahora, si he de seguir el hilo del discurso y método adoptado, á consignar las impresiones puramente personales que la Ciudad Eterna me produjo al recibirme en su seno, y á indicar cómo debe distribuir sus horas el viajero que de paso la visite, á semejanza de las visitas que llevo hechas á otros puntos de que el presente libreo trata. Muy de prisa, al vapor, como se vive en la época.

Pensaba yo, pobre de mí, que entrar en Roma y asombrarse era cosa del momento; que en saliendo á la calle habia de anudarse mi lengua, porque la admiración de lo grande me impediria su manejo; que un ligero exámen de las costumbres á donde tantas individualidades extrañas y entre sí discordantes afluyen, seria tesoro de observaciones; que la lucha entre el Vaticano y el Quirinal prestaria abundante materia para largos escritos.

Era Semana Santa, y preparé los bártulos. No sé qué tempestad de párrafos presentia yo sobre el *Miserere* de Palestrina en la basílica de San Pedro; sobre la ostentación de la corte romana; sobre el mágico efecto de realidades nunca visuas,

en espacios soñados; y todo fué ilusión pura; porque lo cierto es que el jueves y viernes santo no ví en la basílica citada más aparato, ni más córte, ni otro efecto mágico, que un chiquillo de doce años, cubierta la cabeza con un casquete, y barriendo el pavimento del altar mayor, allí donde está la silla de San Pedro, sostenida por cuatro obispos colosales de bronce.

Fácilmente se comprende que el asombro presentado en mi candidez no es el asombro artístico que las grandiosas y bellísimas obras del paganismo causan; ociosa es toda protesta, si se considera que yo, como cualquier hijo de vecino, había de rendirme ante las riquezas del arte antiguo, y no había de emplear mis ócios en calificar de ruín y chavacano lo que el saber aplaude por magnífico, el buen gusto ensalza como admirable.

Ni es de mi competencia hablar de un arte que apenas conozco, pues me falta hasta la osadía de que muchos echan mano para salir del apuro.

En lo que yo fundaba mis pasmos futuros era en los elementos materiales y morales de que se compone la Roma moderna, la Roma de la infalibilidad, la Roma de Italia, la Roma de los viajeros, el centro del catolicismo, la fragante capital que á Luis Veillot embriaga con sus perfumes, y por donde tantos libre-pensadores transitan torciendo el gesto, y llevándose el pañuelo á las narices.

Esta Roma no me fascinó; y pensé que no habría de darme motivos para elocuentes ditirambos en adelante.

Respecto á la antigüedad, séame lícito aventurar algunas heregías históricas. Ellas reflejan mis primeras impresiones. Quizá con el tiempo cambié, pero al principio tal efecto me produjo, y así debo decirlo. En Roma no he sentido la antigüedad. Para reconstruirla me pareció de absoluta necesidad el omnímodo conocimiento de las épocas remotas, so pena de hacerse la más fantástica de las ilusiones; y ¿por qué no tener la franqueza de confesarlo? El verme desprovisto de tan gran aparato científico me privó del placer de identificarme mentalmente con la Roma clásica del paganismo. Item más, el romántico amaneramiento que al juvenil modo de ser político impusieron las predicaciones generosas, anteriores y simultáneas á la revolución de Setiembre, hizo de aquella generación que por entonces apareció á la vida pública, (de ella formo parte) una generación poco á propósito para gozar con el recuerdo de las tiranías, para recrearse con viles tradiciones y aficionarse á ruinas que patenticen el paso por la tierra de una sociedad corrompida.

Las Termas hablan de la molicie de insolentes mancebos y frívolas matronas; el Anfiteatro, de

amargos martirios, para divertir una córte aborrecible; el Foro, de pueblos degradados y gárrulos tribuneros; el Palacio de los Césares, de una cadena de infamias que principia en el estanque de las carpas, alimentadas con carne de esclavo, para lisonja del paladar señorial, y concluye con el incendio de Roma, espectáculo recreativo, dispuesto *inter sepulcras* por Tiberio; los Templos, del repugnante culto tributado á innobles pasioncillas, á soeces preocupaciones encarnadas en torpes divinidades, ó á miserables mortales que la servil adulacion elevaba al rango de dioses. El simbólico naturalismo griego que las artes ensalzaron y la filosofía penetró con su soplo inmortal, aparece tan grosero en Roma, despues de sobrevenir el escepticismo religioso representado en los augures, que sólo, en mi concepto, puede gustar de la antigüedad romana, el sábio arqueólogo que en presencia de los objetos comprobados por la erudicion siente el amor propio satisfecho y se asegura de la verdad de la ciencia.

Otra cosa es, si partidarios de la teoría del arte por el arte, en todo se precinde del horror histórico, y se considera no más la exteriorizacion de la belleza que por los ojos se nos llega dulcemente hasta el recóndito camarín donde se alberga la ternura. El arte puro, hé aquí lo que en Roma cautiva, por refractario que se muestre el espíritu á sus percepciones, por escasa que sea su preparacion para recibir dignamente el divino reflejo.

Y hablando de este arte, contra el que siempre se desató en improprios la intransigencia clerical, sepa ésta que en el Museo Capitolino resplandece la Vénus del mismo nombre, irradiando hermosura, por gracia de Benedicto XIV, á cuya munificencia se debe la conservacion de tan preciada joya del arte naturalista en tan célebre Museo. Y sepan tambien todos los exaltados predicadores que suben á los púlpitos de España repletos de furibundos apóstrofes contra las diversas manifestaciones del arte, tratado por ellos como materia diabólica, que al chocar su rabiosa ignorancia contra las figuras paganas, se chocan irreverentes y procazes contra multitud de Soberanos Pontífices, que por amor á la cultura han enriquecido á sus expensas los Museos de la Ciudad Santa con obras que á ellos les parecen pecaminosas y dignas de inmediata destruccion.

Lo contrario de lo que se dice de la antigüedad pagana puede aplicarse á la cristiana. Simpática la historia de los orígenes del Cristianismo bajo las persecuciones, (crasos errores de efectos contraproducentes que sirven para la propagacion de lo que se intenta destruir) halla el espíritu piadosas melancolías contemplando las huellas de los primeros cristianos por el difícil camino lleno

de escabrosidades que paulatinamente había de conducirles al triunfo glorioso que aún persiste en nuestras sociedades. Los monumentos sencillos que de sus prácticas nos dejaron, espontáneas manifestaciones en que á vueltas de conatos imitativos se perciben asomos de la originalidad espiritualista, llamada más tarde á regenerar el mundo, impresionan por su tosca ingenuidad. Maravilla cómo aquellas místicas ideas y alegóricos cultos, concebidas y practicados en el misterio de las criptas, por gentes de humilde condición, llegaron á desarrollar tal fuerza expansiva, que, haciendo explosión, sembraron de ruinas la Historia y se levantaron avasalladores sobre los destrozados restos de poderes ántes fuertes y soberbios, acerca de cuya duración locura fuera aventurar siniestros cálculos ni predecir fatídicos acabamientos.

Catacumbas, basílicas, sepulcros, inscripciones, mosaicos, pinturas murales, cuanto de aquellos primeros siglos queda, excita la curiosidad, se gana las voluntades y luego dá margen á serias consideraciones de un orden presumible en la religiosa España. Mas poco á poco el viajero, el observador, el filósofo van pasando de la tierna sencillez primitiva á la arrogancia posterior, á la embriagadora actitud del predominio con sus lamentables equivocaciones. Ven las señales claras de una reacción fanática que tiende á destruir cuanto de la Roma pagana queda pregonando el antiguo poderío; ven los templos de los dioses transformados en templos de santos, los arcos rotos, los circos derruidos, las estatuas mutiladas, las tumbas abiertas, profanadas, aprovechados los materiales de construcción y afeados por torpe mano que la ignorancia mueve los bellos residuos de una civilización vencida; y entonces el ánimo reacciona también; lo que inspiraba simpatías causa tedio, lo que se contemplaba con amor se mira con disgusto, y aquella fragante emanación que del fondo del sentimiento religioso subía á refrescar nuestras ideas contaminadas de escepticismo, contrarestando con su virtud purificadora los venenosos efluvios del sarcasmo, planta letal cuya semilla ha depositado en nuestro espíritu el espíritu del siglo, desaparece arrastrada por el viento de la crítica, esa temible corriente que á la par que limpia arrebatá, llevándose en sus violentas ondulaciones lo mismo los errores que las ilusiones, lo mismo las mentiras que las esperanzas. A la reacción sigue la ostentación, al triunfo satisfecho, á la represalia, el desplegar un aparato que aturda, que fascine, que se imponga. Así la Iglesia, puesto el pié sobre la garganta del paganismo, se alza triunfadora, radiante de galas y magnificencia. La Ciudad Eterna se cubre de ri-

cós templos en el período de su grande esplendor. Datos curiosos para la marcha de las ideas á través de las sociedades, transformadas desde su origen cuasi divino en ideas terrenales, mundanas que creíamos desprendidas del cielo como rocío vivificador de las almas agostadas, y luego no son más que ideas embrionarias de nuevos organismos sociales en que la Humanidad vive y continúa desarrollándose para llenar sus fines. Estas son, resumidas en grandes síntesis, las impresiones que Roma pagana y Roma cristiana, la de los Césares y la de los Papas, me produjeron en los primeros días de mi estancia en la Roma de los reyes constitucionales.

Para visitarla, aunque á la ligera, por el sistema que sigue la mayoría de los viajeros, lo mejor es ajustarse á las indicaciones de las Guías, seguros de verlo todo, de llevar de todo una idea en la mente, una noticia en la memoria, una impresión en el cerebro. *La Semana de Roma*, programa que no carece de atractivo, permite ver en el breve período hebdomadario las *villas* Pamfili, Albani, Wolkonsky, Ludovisi, Borghese, Médicis, Máximo; las galerías artísticas de Corsini, Borghese, Doria, Rospigliosi, Barberini, Farnese, Sciarra, Spada, Colonna, con sus palacios correspondientes; los Museos Capitolino, Lateranense, Vaticano y sus Logias, Kircheriano, Quirinal, Academia de San Lúcas, la Farnesina y otras curiosidades. Esto es lo que pertenece al público, á cualquiera, al universo mundo, que tiene igualmente acceso á las ruinas, á las catacumbas, y puede penetrar en las innumerables iglesias que decoran la población.

El conjunto se reduce, por condensarle en grandes agrupaciones, á paganismo á cristianismo, considerado históricamente; y naturaleza y arte, considerado como forma. De las primeras agrupaciones algo se ha apuntado ya; de la segunda (prescindiendo de la naturaleza, cuya hermosura debe apreciarse en las opulentas quintas de los señores romanos, quienes ménos egoístas ó más fastuosos que otros señores, permiten que el menesteroso se reerece en ellas); del arte, poco resta que decir en disertación que no tiene pretensiones de ningún género. Puede también ramificarse en tres divisiones, la pintura, la escultura y la arquitectura.

La pintura que se admira en Museos, en galerías, en templos, en Academias, es obra, aparte de otros autores ménos visibles, de veintinueve artistas que recorren una gama espiritual desde el génio hasta el ingenio, pasando por las gradaciones del talento. Clasificados estos artistas por otro escritor de gran reputación, no tengo inconveniente en aprovar el mérito de su trabajo. Hélos aquí, por escuelas:

Escuela de Florencia. Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Frate, Andrés del Sarto.

Escuela romana. Rafael, Julio Romano, Poussin, Lorrain, Perugino, Miguel Angel y Polidoro de Caravagio, Garofolo.

Escuela lombarda. Luini, Corregio, Parmigianino.

Escuela de Venecia. Giorgione, el Ticiano, Pablo Veronés, Tintoreto, los dos Palma, Sebastian del Piombo.

Escuela de Bolonia. Los tres Carrachos, Guido, Dominiquino, Guercino, Cantarini, Francia.

Los colosos de Roma, empero, son Rafael y Miguel Angel.

La escultura en Roma es de grandísima importancia. Primero, durante la República; y despues, durante el Imperio, creció, se desarrolló, y cayó en decadencia, imitando siempre los modelos de Grecia. Escultores griegos y discípulos suyos italianos adornaron los templos con las imágenes de los dioses; las plazas, termas, edificios públicos y particulares con las estatuas de los héroes, de los hombres ilustres, de los cónsules y de los emperadores. Tanta riqueza se vió destruida, rota y dispersa con las invasiones de los bárbaros que sucedieron á la caída del imperio del romano, hasta que al calor de la fé cristiana renació el arte místico que, despreciando la forma, concentró su fuerza en la expresion de los afectos del alma inmortal. A los dioses y héroes sucedieron el Cristo en la Cruz, la Virgen doliente, los santos macilentos, los mártires escuálidos, las vírgenes entecas, los ángeles de rostro estático; y sobre los monumentos sepulcrales, los príncipes de la Iglesia, tendidos como en eternal sueño; los caballeros dentro de su armadura, y las damas cubiertas de largas vestimentas, arrodilladas y en actitud de rezar eternamente por la salvacion de sus almas. Miguel Angel rompió con las tradiciones de la Edad Media, influyendo con el prestigio de su génio sobre la escultura romana, y renaciendo con él la idea antigua que ya daba nueva vida á las ciencias y á las letras.

La perfecta armonía del cuerpo recobró su imperio, si bien agrandada, agigantada, puesta en mayor relieve y tension por la grandiosa manera del maestro, sin que la resurreccion de la carne fuera incompatible en sus obras con el espíritu cristiano. Tras larga série de imitadores llegó la época decadente, no bastando la maestría de la ejecucion y los esfuerzos del talento á suplir la falta de vida y de verdad característica del barroquismo, cuyos principales campeones fueron Bernini, Boromini y Algardi. Protegidos, no obstante, por la Iglesia, llegaron los barrocos á hacer de Roma un inmenso museo que podia com-

petir en número, si no en buen gusto, con la antigua Roma; exagerando tan desatentadamente las violencias de su dislocado estilo, que la aparicion del gran Canova fué acogida con extraordinario júbilo por los amantes del clasicismo, implantándose la graciosa imitacion del arte griego que e-innovador acreditó con la maestría de su cincel. Muerto Cañova, los primeros como los últimos escultores, han seguido sus huellas y regídose por sus principios. Thorwaldsen, Tenerani, Jacometti, con mayor ó menor fidelidad, continuaron la obra de aquél, estacionándose las Academias en sus cánones artísticos. Los albores del realismo parece que comenzaron á lucir en Roma á mitad de siglo, y en su fulgor creciente buscan inspiraciones los escultores contemporáneos. Los restos de la antigüedad, unidos al cúmulo de producciones que esta reseña significa, se admiran en la Ciudad Eterna, do quiera que el amante de lo bello intenta buscarlos.

La arquitectura es de un particular exclusivismo. Bien conocida la romana, apenas si de ella al Renacimiento hay ejemplares de las varias combinaciones bizantino-góticas que, correlativas al arte de la expresion mística en pintura y en escultura, prevalecieron durante la Edad Media. Restaurados muchos templos paganos, fueron convirtiéndose en basílicas cristianas, adquiriendo un sello especial que les imprimian los dos elementos que entraban en su construccion. Los materiales de las termas, circos y otros monumentos, servian, así como sus reminiscencias arquitectónicas, para fabricar palacios é iglesias, adaptándose á los órdenes clásicos. El Renacimiento ningun obstáculo tuvo que vencer en esta region tradicional del paganismo. Simultánea á la escuela barroca en escultura, fué la de arquitectura, que tomó singular incremento. Desde Miguel Angel hasta el Bernini, los Peruzzi, Sammicheli, Sansovino, Vignola, Palladio, Ammannati, Pellegrini, Olivieri, ambos Fontanas, Maderna y otros, dejaron muestras profanas y sagradas de sus propios estilos. La arquitectura de Roma es grandiosa, rica, expresion del dominio, del fausto, de la supremacía.

El extranjero, en la capital del orbe católico, combina la fácil manera de vivir espiritualmente de recuerdos, y materialmente de las comodidades que los actuales tiempos positivos se procuran los humanos, hijos de la civilizacion moderna.

F. MOJA Y BOLIVAR.

(Continuará)